

**Zeitschrift:** Hispanica Helvetica

**Band:** 22 (2011)

**Artikel:** La geografía en los relatos de viajes castellanos del ocaso de la Edad Media : análisis del discurso y léxico

**Kapitel:** Transmitir el mundo extraño

**Autor:** Béguelin-Argimón, Victoria

**DOI:** <https://doi.org/10.5169/seals-840898>

### **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

### **Conditions d'utilisation**

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

### **Terms of use**

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

**Download PDF:** 19.10.2024

**ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>**

mundo de partida está poco presente en los relatos, exceptuando en las *Andanças*. Además, hemos observado también que el *aquí* nunca alude ni al lugar de enunciación ni al mundo de partida que pueden, en cambio, designarse por un *acá*, como ocurre en el texto de Tafur.

La manera de situar y situarse en el espacio revela igualmente pistas sobre las condiciones de enunciación de los textos. Por una parte, el uso de los adverbios prepositivos espaciales según un eje frontal, lateral o vertical permite percibir un tipo de relato que se focaliza en el *aquí* y el *ahora* del espacio y del tiempo de la narración, que difiere claramente del de la enunciación; además, el uso de los locativos espaciales apunta a una reelaboración importante en el espacio de partida-llegada de las notas tomadas *in situ*, aunque las huellas de éstas puedan percibirse en la profusión de detalles (ET) o en los enunciados casi telegráficos que presentan ciertos pasajes de los textos (ET, AV, VIC, VJ).

## 8. Transmitir el mundo extraño

Nuestros viajeros no dejan de expresar la sorpresa frente al mundo que recorren ya que uno de los objetivos principales de sus relatos es dar cuenta de las «cosas bien extrañas» (AV: 91) de las que son testigos. Sin embargo, contar el mundo de «allá» a las gentes de «acá» plantea una dificultad de primer orden para el relator y le obliga a forjar lo que Hartog, refiriéndose a Herodoto, denomina una «retórica de la alteridad», orientada a «inscrire le monde que l'on raconte dans le monde où l'on raconte» (Hartog, 1980: 225)<sup>179</sup>. La empresa

---

<sup>179</sup> Para la redacción de los apartados en los que se estudian los recursos destinados a transmitir el mundo extraño, nos hemos inspirado en el capítulo de *Le miroir d'Hérodote* titulado «Une rhétorique de l'altérité» (Hartog 1980: 225-269), en el que se presenta la visión que el historiador y geógrafo griego ofrece sobre los seres humanos de otros horizontes y en el que se analizan los recursos de los que éste se vale para plasmar su personal mirada en el discurso. En su trabajo, Hartog pone de relieve una serie de rasgos constitutivos de lo que él denomina la «retórica de la alteridad» (nombrar, comparar, valerse de imágenes de la inversión, introducir maravillas en el texto, traducir de la lengua extranjera,

supone, sobre todo, un problema de traducción. ¿Cómo designar las nuevas realidades, cómo caracterizarlas, qué procedimientos utilizar para acercarlas a los destinatarios de los textos? ¿Cómo transmitirles el sabor de la tierra incógnita? Nombrar, cuantificar, adjetivar, comparar o expresar la admiración y la sorpresa serán los recursos principales de los que se valdrán los relatores para exponer el universo inédito. Dichos recursos se combinarán con otros, más generales, destinados a la transmisión de nuevos conocimientos (explicaciones, uso de lo conocido para acceder a lo desconocido, movimiento de lo general a lo particular, etc.). A lo largo de sus obras, los viajeros-relatores manifestarán continuamente su dificultad –e incluso su impotencia– para plasmar en el discurso las particularidades del mundo que desean reflejar.

## 8.1. NOMBRAR

### 8.1.1. Nombre común y nombre propio

Nombrar los espacios y las realidades que jalonan el itinerario de los viajeros-relatores constituye, lógicamente, el medio básico para introducirlos en el tejido discursivo y acercarlos al público receptor; la diversidad de formas en que los viajeros-relatores lo hacen permite vislumbrar cómo éstos se enfrentan al mundo nuevo. *Nombrar* puede significar: 1. '[d]ecir el nombre de alguien o algo'; o 2. '[d]ar nombre a alguien o algo' (DEA). En el primer caso, esta acción revela un conocimiento mientras que, en el segundo, se convierte tanto en la expresión de un poder demiúrgico (Magri 1995: 261) como en una forma de apropiación (López de Mariscal 2004: 80). Nuestros viajeros nunca deberán «dar nombre» a un lugar, como tuvieron que hacer los castellanos a partir de 1492 en los desconocidos territorios americanos donde el acto de dar nombre se convirtió en parte del ritual de

---

hacer ver...). Nosotros aprovecharemos las líneas generales de su marco de análisis para acercarnos a la «verbalización» de las tierras lejanas en nuestros textos. También el capítulo «De l'Autre au Même» en *Le discours sur l'Autre* (Magri 1995: 207-295) ha enriquecido nuestra reflexión en esta parte del trabajo.

la toma de posesión y la conquista: «[n]ommer un lieu, c'est en prendre possession», afirma Zumthor (1993: 54). Nuestros viajeros revelarán, sencillamente, a través del acto de «decir el nombre» de un lugar, el grado de conocimiento del medio por el que se mueven y la voluntad de transmitir este conocimiento<sup>180</sup>.

El acto de nombrar puede realizarse mediante el nombre común, el nombre propio, o mediante una combinación de ambos<sup>181</sup>. Por un lado, un simple apelativo –como *montaña*, *río* o *yermo*– puede ser suficiente para despertar la imagen concreta de un paisaje, implícito en la mente del receptor gracias al poder sugestivo de la lengua (Magri 1995: 133) y a la relación de los nombres comunes con el conocimiento general, con los conceptos (Fernández Leborans: 96). Por otro lado, un nombre propio, además de referir, designar o identificar –función a la que los defensores de la teoría referencial reducen el nombre propio–, tiene también un componente descriptivo que lo dota de una clara dimensión cognitiva (Fernández Leborans: 86-103). El carácter monorreferencial del nombre propio permite individuali-

---

<sup>180</sup> En relación con el tema de la nominación en tierras americanas, ver el ya clásico estudio de Todorov (1982), *Le problème de l'Amérique. La question de l'autre*; y la obra de Greenblatt (1991: 80-85), *Marvelous Possessions: The Wonder of the New World*. Por lo que se refiere a la denominación de las nuevas realidades –actividad que se impuso con fuerza a los que cruzaron el Atlántico pero que fue más esporádica para nuestros viajeros por circular éstos por un mundo recorrido ya desde antiguo– ver los trabajos de Alvar (1992) y Buesa / Enguita (1992). Estos últimos exponen los mecanismos lexicogenéticos de los que se valen los Cronistas para dar nombre a lo nuevo (adopción de indigenismos y adaptación del léxico patrimonial, particularmente).

<sup>181</sup> Las relaciones entre el nombre común y el nombre propio –y, particularmente, la naturaleza de este último– han suscitado reflexiones por parte de filósofos, lógicos y gramáticos en los tres últimos decenios. Desde el punto de vista lingüístico, podemos destacar el estudio de Fernández Leborans (1999), que sintetiza la problemática y presenta las características morfológicas, sintácticas y semánticas del nombre propio; el artículo de López García (1985), que defiende la función identificadora del nombre propio, considerando que éste se comporta como una oración; y el artículo de Trapero (1996), que se centra en el valor semántico del nombre propio, con abundantes referencias a la toponimia.

zar la realidad nombrada y el recurso al topónimo –ya sea orónimo, hidrónimo o nombre de un accidente costero o de una población– reviste una importancia capital en el discurso geográfico pues, como precisa Magri (1995: 262), «[l]e nom propre est le signe de reconnaissance par excellence. Savoir le nom d’un être ou d’un objet, c’est en posséder la connaissance minimale, de base, fondement de toute communication». Efectivamente, para hacerse suyo el espacio geográfico por el que transitan y, de este modo, poderlo transmitir de manera precisa, los relatores deberán antes de nada conocer y expresar el nombre de los elementos que lo integran.

Los objetivos prioritarios de cada uno de los textos del corpus, sus condiciones de redacción y los conocimientos que se presuponen en los receptores llevan a los relatores a utilizar diferentes procedimientos para designar los espacios geográficos recorridos. El relator puede optar entre introducir el objeto de su descripción mediante:

1. un nombre común exclusivamente;
2. un nombre común al que se individualiza después con el correspondiente topónimo mediante los sintagmas del tipo «que llaman», «llamada-o», etc.: «e fue a una ciudat que llaman Samastra» (ET: 182);
3. un nombre común + *de* + topónimo: «el río de Gironda» (VIC: 356);
4. un topónimo, que singulariza de inmediato el lugar descrito: «venimos a Tarascona» (VJ: 180);
5. un topónimo, seguido de una aposición en la que se explicita la naturaleza del topónimo, mediante el nombre común: «fuemos á Saona, una gentil çibdat de Génova» (AV: 11).

Clavijo construye un discurso sobre el mundo cuyo objetivo informativo y «formativo» se deja ver –entre otros muchos rasgos– en la manera de nombrar los lugares por los que viajan los embajadores. Teniendo en cuenta el universo de conocimientos de los destinatarios de su texto, el relator varía la forma de introducir en el discurso estos lugares, según suponga que son conocidos o no por los receptores. Si presupone un conocimiento previo, el relator emplea directamente el topónimo. Es lo que se observa, por ejemplo, durante las primeras

jornadas del viaje que tienen como marco las costas del reino de Castilla y de Aragón:

Otro día, jueves siguiente, llegaron en par del Tánjer e en par de la sierra de Barberes e en par de Tarifa e de Ximena e de Cebta e de Algezira e de Gibraltar e de Marbella; e tan cerca, que las podían bien veer. (ET: 82)

En esta parte del periplo, sólo las pequeñas islas de Formentera y de Cabrera se introducen como realidades desconocidas. Una vez que los viajeros pasan el Golfo de León, se establece de manera sistemática una diferencia entre los lugares supuestamente conocidos por la sociedad receptora –generalmente las ciudades importantes– y los que se supone que ésta desconoce. El relator de la *Embajada* es muy consciente del carácter único de su viaje: se trata, como señala López Estrada (1999: 43), de un viaje irrepetible. La mayor parte de los lugares que pisan los embajadores son *tierra incógnita* para los destinatarios del relato y, como tales, hay que presentarlos al público receptor. Por esta razón, al introducir nueva información, se pasa del nombre común (*ciudad, sierra, cabo, isla, etc.*) al topónimo, es decir, de lo general a lo particular, de lo conocido a lo desconocido. El relator echa mano de una serie de estructuras que aparecen de forma recurrente y cuya repetición muestra el carácter didáctico del discurso. Se trata, por lo general, de oraciones de relativo, que presentan las formas siguientes:

1. verbo en voz activa («que a-an / avía-n nombre»): «está una ciudat que ha nombre Malfa» (ET: 90);
2. verbo en voz pasiva («que es llamado-a / son llamados-as»): «en par de una isla que es llamada Formentera e es despoblada» (ET: 83); «unas montañas altas que eran en la tierra firme que son llamadas Monte Carcel» (ET: 85);
3. verbo en pasiva refleja («que se llama»): «en par del cabo que se llama d'Espartel» (ET: 81);
4. verbo en 3ª persona del plural con valor impersonal («que llaman» o «que dicen»): «[e] a ora de mediodía, seyendo acerca de una isla que llaman la isla de las Bestias» (ET: 102); «estava en una ciudat que dizen Aspri» (ET: 352).

Recordemos que, en algunas ocasiones, la descripción del itinerario se reduce a mencionar la presencia de un elemento geográfico –*ciudad, isla, montaña*–, que se acompaña del topónimo correspondiente:

E andudieron en él martes e miércoles e jueves; e viernes siguiente en la tarde fueron par de Modon, una tierra firme del señorío de Veneja; eso mismo fueron en par de una isla *que ha nombre Sapiencia*, e a par de otra isla *que es llamada Benetico*, e de otra *que es llamada Cerne*; e pasaron a par del cabo de Gallo e apareció eso misma una tierra firme *que es llamada Corron*. (ET: 94)

En las páginas dedicadas a la geografía física, ya hemos señalado el contraste que se observa en la *Embajada* entre la riqueza de topónimos para designar la geografía del litoral y de las islas mediterráneas y la práctica ausencia de orónimos e hidrónimos en el recorrido por tierras asiáticas. Hemos apuntado como probable causa el fácil acceso a los portulanos que contenían abundante información sobre nombres de islas, cabos, golfos así como de poblaciones y accidentes del terreno visibles desde las embarcaciones, documentos que los embajadores debieron de manejar para redactar esta parte de su itinerario. Por otro lado, el silenciamiento de topónimos referentes al relieve o a los ríos en tierras asiáticas evoca los mapamundis de aquel entonces, en los que un simple trazo representaba la presencia de una montaña o un río, sin otra información complementaria. Sin embargo, frente a la escasez de orónimos e hidrónimos, es llamativa la constancia con la que los embajadores van proporcionando los nombres de todas las aglomeraciones donde pernoctan, por pequeñas que sean, y de los castillos que jalonan su ruta. En este caso, la información debía de serles transmitida por Mohamad Alcaxi, el embajador de Tamorlán que les acompañaba hasta Samarcanda, y supone una valiosa aportación –y de primera mano– a los conocimientos sobre las tierras asiáticas que se tenían en Castilla. Esta toponimia se consigna de manera tan minuciosa que el relator llega a advertir en una ocasión que ha olvidado el nombre de una ciudad donde hacen noche (ET: 238).

Muy distinta es la manera de nombrar que encontramos en el *Viaje a Jerusalén*. En esta guía de peregrinación, toda aglomeración, con independencia de su grado de importancia, se suele introducir direc-

tamente mediante el topónimo, seguido a veces por una aclaración explicativa: «[e]l jueves venimos a Aquilán, seys leguas; son quatro casas en el campo» (VJ: 187) o «El jueues venimos a comer a Vejeuenes, que es gentil villa» (VJ: 189). Ello obedece, una vez más, al objetivo del texto. Por un lado, los topónimos en el discurso del marqués funcionan como simples jalones de un itinerario. Por otro, si el viaje de los embajadores era un viaje irreplicable, por el contrario, el Marqués de Tarifa sigue los pasos de miles de peregrinos que han recorrido el mismo camino, siglo tras siglo. El marqués o bien escribe para sí mismo –a modo de diario para recordar su propio periplo–, o bien lo hace para futuros peregrinos. Eso le permite introducir las etapas de su itinerario como espacios conocidos o como jalones que permitirán a los que sigan sus pasos recorrer sin problemas la ruta hasta Venecia, punto de embarque para la Ciudad Santa.

Para introducir nuevas realidades geográficas, también el relator de las *Andanças e Viajes* recurre a menudo directamente al topónimo y sólo después explica si se trata de un puerto, una ciudad, una fortaleza, etc., mediante una oración de relativo:

Partí de Génova é fuí por su ribera así de casas poblada fasta Çestre de Levante, é de allí fuí á Puerto Véneris, [...] é es un puerto muy bueno con una yslandia delante que le faze muy grande abrigo; una villa muy fuerte con dos castillos, uno á un cabo é otro á otro; é de allí fuemos al Espeçia, una gruesa villa de Génova; é de allí á Leríchen, que es una grant fortaleza del rey de Aragon; é desde aí á Piedra Santa, é á ora de viespras llegamos sobre Liorna, puerto pissano. (AV: 14-15)

En el caso de Pero Tafur, el empleo de esta modalidad podría estar en consonancia, implícitamente, con su modo de aprehender el mundo y redundaría, incluso, en la voluntad del viajero de construir una imagen positiva de sí mismo. Ya hemos ido entreviendo la libertad con la que Tafur se mueve en el espacio que recorre. Cuando llega a las ciudades, pocas veces lo hace como un total desconocido: le esperan gentes de su tierra o bien encuentra las puertas abiertas de los círculos comerciales, la aristocracia o las máximas autoridades políticas y eclesiásticas del lugar. La tendencia a introducir las nuevas realidades en el discurso no como extrañas, sino como relativamente familiares apunta a que el viajero se presenta como un verdadero



«ciudadano del mundo», alguien para quien fronteras, distancias o diferencias no suponen ninguna dificultad. En algunas ocasiones, sin embargo, también puede echar mano de la estructura «nombre común + oración de relativo» para introducir el topónimo: «é en la mar está un escullo muy alto, que llaman Monte Santo» (AV: 188), como veíamos que era frecuente en la *Embajada*.

En *El Victorial* se observa una abundante utilización de los topónimos a secas, probable huella del «diario de a bordo» sobre el que Díaz de Games construyó su relato:

E quando la gente ovieron comido, cobraron remos e fueron las galeas a buscar a los cosarios por todas las yslas menudas. E fueron a la ysla de Lorbo, e a la Pianosa, como de presto; e buscó todos los puertos a las bocas de Bonifaçio, que son en Córçega. Allí estava un leño de Aragón. E tornaron entonçe en Çerdeña, a Luengo Sardo e al Alguer. (VIC: 286)

El uso del topónimo sin ninguna aposición o estructura explicativa refleja más un discurso en el que el mundo recorrido funciona como escenario en el que tienen lugar las hazañas del biografiado que como un discurso destinado a dar a ver el mundo o a informar sobre él. Las explicaciones sobre los referentes geográficos imprimirían lentitud a unas partes del relato –narración de correrías, batallas, tormentas– en las que, precisamente, se intenta crear un efecto de dinamismo.

Ello no impide, sin embargo, que el relator integre breves explicaciones, como podemos observar en el siguiente fragmento:

E partió el capitán con sus galeas de La Rochela, e pasaron las Aynes, e entraron en el río de Gironda, e fueron a *Roanete e a Talamón, dos villas de Françia que están en la ribera de la parte de La Rochela*, e están siempre guarnidas de guerra. (VIC: 356)

Por último, la estructura del *Libro del infante don Pedro* –que presenta un itinerario lineal en el que la comitiva se desplaza de una ciudad a otra– lleva al relator a introducir los lugares recorridos mediante topónimos que se presentan con una estructura recurrente («la ciudad de X»). En una sola página (DP: 22) encontramos: «llegamos ala ciudad de Perona» [...] «[d]e allí fuemos ala ciudad de sobrança»

[...] «fuemos le a hazer reuerencia ala ciudad del cayre» [...] «fuemos ala ciudad de Asian» y [...] «fuemos ala ciudad de Torna».

### 8.1.2. Etimologías

En relación con la toponimia, interesa observar el papel que desempeña la etimología en nuestros textos. Es bien sabido que las etimologías constituyen un método explicativo que goza de un inmenso favor en la Edad Media: se cree en la existencia de un vínculo íntimo entre las palabras y las cosas, de modo que el análisis etimológico pone de manifiesto la «verdad» que encierra una palabra, de acuerdo con el significado del griego *étymos* 'verdadero'. Los relatores gustan de referirse al origen de los topónimos, su motivación y su significado debido a la dimensión descriptiva que la etimología posee y, por ello, la información que nos proporcionan a través de este recurso funciona como una clave para la interpretación del lugar (Mondada 1994: 463). Hamon (1993: 90) recuerda que las etimologías –descripción de las palabras– y las descripciones –de las cosas– se clasifican en el mismo grupo en las taxonomías de la retórica clásica. Además, el análisis etimológico no sólo funciona para describir un lugar sino que puede proporcionar sobre él datos de naturaleza muy diversa que quedan así reunidos alrededor del topónimo (Mondada 1994: 464).

De ese modo, la etimología puede desvelar características geográficas de un lugar. Mondada (1994: 464) demuestra que, cuando eso ocurre, la descripción de los viajeros presenta dos posibilidades: la de ser una especie de desarrollo del topónimo o bien la de poner en duda el topónimo. En nuestros textos, la etimología funciona siempre como recurso para reforzar la descripción y puede hacer referencia a:

1. Las características de un lugar. El relator de la *Embajada*, por ejemplo, tras describir el lujo que rodea a Tamorlán y la prosperidad material de Samarcanda, pasa a evocar su riqueza agropecuaria –cebada, trigo, arroz, fruta, vino, carne, aves y carneros–, lo que justificará la etimología del nombre de la ciudad:

E tan gruesa e abastada es esta ciudat, que es maravilla. E por este avastamiento que en ella ha, ovo este nombre: Samaricante; e el su propio nombre es Cimiscante, *que quiere dezir aldea gruesa*, que «cimis» quie-

re dezir por grueso, e «quante», por aldea; e de aquí tomó el nombre: Samaricante. (ET: 312)

También la etimología del topónimo *Verona* pone de relieve, según Tafur, la riqueza y grandeza de esta urbe (AV: 292), y la de Estrasburgo revela la nobleza e importancia de la ciudad:

Otro dia fuemos á la çibdat de Astraburque, que en latin llaman Argentina, *é entrámos vocablos quiere dezir lugar de plata*, é sin dubda tál es ella, que es de las gentiles çibdades que ay en la xpiandat. [...] çiertamente ésta es una notable çibdat sobre la ribera del Rin. (AV: 237-238)

En *El Victorial*, la campaña atlántica de Pero Niño se cierra con un excursio sobre las maravillas de Inglaterra, lo que da ocasión a Díaz de Games para justificar el nombre de Angliaterra («tierra de maravillas»):

E por estas razones que dichas he, e otras muchas maravillas que en aquella tierra fueron e son, es llamada «tierra de maravillas» Angliaterra. (VIC: 458)

2. Las particularidades de sus habitantes. La etimología de un topónimo puede reflejar asimismo características propias de los naturales como en el caso de Mular Chemon («aldea de los locos»), una población en tierras asiáticas habitada por místicos musulmanes. El significado del nombre propio permite desplegar una descripción de dichos religiosos y sus costumbres:

E domingo siguiente fueron dormir a una aldea que ha nombre Mular Chemon, *que quiere dezir el aldea de los locos*. E los que en esta aldea bivían eran moros como hermitaños que han nombre caxistres, e mucha gente de moros vivían allí e venían a ellos como en romería, e muchos dolientes allí guarescen; e entre ellos avía un mayoral que le catavan mucha onra e dezían que era santo. E que cuando el Tamurbeque por allí pasó, que fuera estar con este caxix. E estos hermitaños eran gentes que les fazían muchas limosnas las gentes, e el su mayoral era señor d'esta aldea. E de los que d'ellos querían ser religiosos e que las gentes los ayan por santos, rápanse las barvas e las cabeças e desnúdanse e andas desnudos por las calles, e al sol e al frío; e andan comiendo por las calles

e vístense de los paños más rotos, e andan cantando de día e de noche con panderos. (ET: 188-189)

3. La historia del lugar. Otros topónimos están ligados a particularidades históricas o legendarias como en el caso de Galata, la Pera de los genoveses. La justificación del nombre griego, en este caso, permite introducir en el discurso información histórica:

E comoquier que los genueses llaman a esta ciudat Pera, los griegos la llaman Galata; e este nombre le dizen ellos por quanto antes que aquella ciudat allí se edificase, eran allí unos casares onde se juntavan el ganado cada día e ordeñavan allí la leche d'ellos e levávanla a vender a la ciudat. E por eso le dizen Galata, *que quiere dezir el corral de la leche*, ca por leche dizen ellos «galar». (ET: 147)

Asimismo, según el Marqués de Tarifa, es de origen histórico-legendario el nombre de Tarascona. El peregrino recoge la leyenda del monstruo que causaba daños a la ciudad hasta que fue vencido por Santa Marta. Este animal, al que el peregrino no nombra, era conocido como el dragón Tarasca:

El jueves venimos a Tarascona, tres leguas. Aquí biuió mucho tiempo Santa Marta, hermana de Sant Lázaro, y murió aquí. [...] *Llámase este lugar deste nombre porque junto al río se criava vn dragón que con el baho de ynficionaua esta ciudad y a Belcairo*, que está de la otra parte del río, y vn día Santa Marta con ysopo de agua bendita se fue a él y lo ató con la çinta y entregolo al pueblo que lo matasen. (VJ: 180)

Tafur atribuye también motivos históricos al topónimo *Mármora*:

Partimos de Galípoli é fuemos á la Mármora, que es un anchura de mar redondo de fasta ocho leguas en través; é llamáronle Mármora, *porque de allí fueron sacados todos los mármoles para Constantinopla así para el muro como para la çibdat*, é es poblada de griegos. (AV: 137)

Y, en *El Victorial*, un personaje histórico, Bruto, da nombre a Britania<sup>182</sup>:

E después que Bruto la conquistó, como la llamó del su nonbre, (e) la llamó Brutania (VIC: 458). *E porque la tierra hera ya poblada de brutones, e del su nonbre, púsole nonbre Brutania. E por esta razón tiene Anglia este nonbre añadido: Brutania.* (VIC: 335)

El recurso a las etimologías abunda en los relatos de viajes medievales, como muestran los ejemplos recogidos por Guéret-Laferté (1994: 253). Es cierto que estas etimologías, en muchos casos, no son más que fantasías de los relatores e interpretaciones o modificaciones sesgadas de información que pudieron oír durante el viaje<sup>183</sup>. Sin embargo, en un estudio del discurso geográfico medieval, sería limitativo establecer una división entre etimologías verdaderas y falsas. Lo que interesa subrayar es que la referencia a las etimologías se integra en los relatos como un recurso discursivo destinado a explicar los referentes geográficos y a iluminar la opacidad de algunos topónimos. Revela, además, la necesidad de los hablantes –que se manifiesta con mayor frecuencia, es verdad, en la Edad Media– de establecer vínculos de causalidad ente lengua y referente<sup>184</sup>. En los ejemplos aducidos se habrá podido observar que, efectivamente, estos vínculos se explicitan claramente en la mayoría de los casos: «por este avastamiento que en ella ha», «é sin dubda tál es ella, que es de

<sup>182</sup> Para un estudio de las etimologías en *El Victorial*, véase Miranda (1993).

<sup>183</sup> Así, por ejemplo, la etimología de Galata no está aceptada por los historiadores (ET: 147, nota 146).

<sup>184</sup> En un interesante artículo de Béguelin titulado «Étymologie “populaire” et construction du savoir lexical» afirma la lingüista: «[l]’étymologie populaire ne vise donc pas –ou du moins pas forcément– une vérité historique. Elle est l’œuvre tantôt de sujets qui “cherchent à écrire l’histoire sans archives”, selon la jolie formule de Chauveau, 1991, tantôt de sujets qui tentent, simplement, de déceler une organisation au sein des unités lexicales qu’ils manient, en vue d’un bénéfice qui peut être cognitif symbolique, argumentatif. Pour ce faire, ils agissent, si l’on peut dire, avec les moyens du bord, et sans le soutien d’une enquête scientifique» (Béguelin 2000: 1).

las gentiles çibdades», «e este nombre le dizen ellos *por quanto* [...]», «[l]ámase este lugar deste nombre *porque*», «é llamáronle Mármora, *porque* [...]» y «*porque* la tierra hera ya poblada de brutones, e del su nonbre».

### 8.1.3. Diferentes formas de nombrar

Deluz (1988: 118) afirma que los relatos de viajes medievales introducen una nomenclatura nueva ya sea para sustituir la de la Antigüedad, ya sea para dar a conocer espacios ignotos hasta entonces. Efectivamente, en algunas ocasiones, nuestros relatores recogen diferentes topónimos con los que se designa un mismo lugar y sus comentarios reflejan un mundo diversificado desde el punto de vista lingüístico (cuando se trata de diferencias debidas al uso de una lengua distinta a la propia) o histórico-cultural (cuando las diferencias resultan de las civilizaciones que se han ido superponiendo en dicho lugar con el paso del tiempo). A través de esta nomenclatura, los viajeros-re relatores dejan ver sus conocimientos –adquiridos por transmisión libresca o resultantes de su experiencia directa– y la información ofrecida de este modo enriquece, obviamente, el universo cultural de la sociedad receptora. La diversidad de topónimos puede obedecer a distintas razones y los relatores pueden presentarla de diferentes modos:

1. Los viajeros-re relatores tienen la posibilidad de consignar explícitamente las diferencias entre el nombre que los naturales dan a un lugar y el nombre con el que éste se conoce en la comunidad propia. Se establece así una oposición entre un *nosotros* y un *ellos*: «[e] los griegos no llaman Costantinopla así como nós la llamamos, salvo Estanboli» (ET: 144).

2. A veces sólo insisten en el topónimo usual en la sociedad receptora, sin hacer hincapié en la toponimia propia a las tierras recorridas:

é salimos de Bohemia é fuemos por Alemaña é llegamos á una çibdat del marqués de Miçina, duque de Xixonía, *que en Castilla llaman Sansueña*, que es agora casado con la hermana deste emperador Federico; (AV: 271)

E acaesçió embiar el Potestad del reino de Creta, *que nosotros llamamos Candia*. (AV: 217)

3. En otras ocasiones, aluden a las diferencias en la toponimia pero sin identificar exactamente la identidad de los que utilizan una denominación diferente a la de relatores y sociedad receptora:

Passamos el domingo el cabo de Camarago, *que llaman de Sanctangelo* (VJ: 311).

é entramos por el golfo de Leon, *que ansí se llama á la yda, é á la venida le llaman de Narbona*. (AV: 10)

dexando á la parte de á man derecha la Italia, é en aquella parte la Pulla, *que se llama Tierra de Lavor*, (AV: 43)

4. También pueden mencionar los topónimos con los que distintos pueblos conocen los espacios recorridos: «[e] comoquier que los genueses llaman a esta ciudat Pera, los griegos la llaman Galata» (ET: 147).

5. Es frecuente asimismo que el discurso de los viajeros contribuya a renovar y modernizar la toponimia. Muy probablemente algunos lugares debían de ser familiares al público receptor con las denominaciones procedentes de las obras clásicas o, sobre todo, de las Sagradas Escrituras. El paso del tiempo modifica los topónimos y los relatores de los libros de viajes, con afán de reunir y transmitir la mayor cantidad de conocimientos posibles, integran esta información geográfica nueva. No hay que olvidar que en los mapamundis –tenemos el ejemplo del de Abraham Cresques– «se combinaba la localización con la representación (edificios, animales, plantas, monstruos, etc.) y con la historia. Las leyendas que contenían estos mapas, de desigual extensión, explicaban la historia antigua, la sagrada o la contemporánea» (Lacarra 1999: 81). Por otro lado, hasta el Renacimiento, los mapas superponen los topónimos de origen y antigüedad variable (grecolatinos, cristianos o medievales).

En la navegación por el Mediterráneo, Pero Tafur confronta a menudo la toponimia de la Antigüedad grecolatina con una toponimia actualizada:

dexando [...] de la parte siniestra la Esclavonia, *que antiguamente se llamava Dalmaçia*, (AV: 43)

Este golfo de Pátras se lança por la tierra, que con otro golfo que entra por la otra parte ciñen la tierra que se llama la Morea, *que antiguamente se llamava Acaya*, (AV: 44)

La oposición pasado-presente se acentúa en la toponimia de los lugares que fueron escenario de la leyenda de Troya:

Después fezimos vela la vía de Candía, *que antiguamente se llamava Creta*, do fué rey Agamenon, príncipe de los griegos contra los troyanos, (AV: 45-46)

Tafur muestra gran interés por el contraste entre la toponimia de la Antigüedad y la contemporánea<sup>185</sup>. En sus *Andanças* aduce incluso la razón por la que hay diferencias en la denominación de la isla de Creta:

é porque los latinos de la ysla de Creta non an otra notiçia, salvo de la çibdat de Candía, por esto á todo el reyno llaman Candía. (AV: 46)

Sin embargo, la diversidad diacrónica resulta particularmente patente en la toponimia de la geografía sagrada. Los receptores conocen los topónimos transmitidos por las Sagradas Escrituras y a éstos se van a superponer, o a oponer, las denominaciones con las que los lugares se conocen localmente en el momento del viaje. El Marqués de Tarifa es el viajero que más información aporta a este respecto:

vimos vn cerro alto bien desuiado e vna casa encima, *que se dize de Sant Samuel*, ado fue casa del profeta Samuel, *que antiguamente en la Bliuia*

<sup>185</sup> Otros ejemplos en Pero Tafur serían la mención de Pera, la antigua Galatas (AV: 186); o el castillo del Curco, Cálcos en la Antigüedad (AV: 66).



*se llamaua el Monte de Siloca donde estuuo el Arca del Testamento (VJ: 221-222)*

Todo esto es Monte Sión e para que mejor se entienda esto se a de saber *que antiguamente Jerusalém se llamaua toda Monte Sión* y en ella avía tres montes, es vno más baxo que otro, *el que oy llaman Monte Sión*, que es donde hera la fortaleza de Jerusalén e la casa de Daud, que hera adonde oy está el monesterio, *llamáuase Monte Gebuseo*; el segundo, que es adonde Nuestro Señor padesció, *llamáuase Monte Caluario*; el tercero, que es el más baxo, donde se fundó el Templo de Salomón, *llámase Monte Moría*, (VJ: 226-227)

Desde aquí se parece el mar de Sodoma, *que se llama Mar Muerto*, (VJ: 242)

Las diferencias entre los topónimos antiguos y los contemporáneos que los viajeros consignan permiten reconstruir el universo cultural de los receptores, para quienes las denominaciones de la Antigüedad y de la Historia Sagrada son, de hecho, las conocidas y las que les permiten, primero, reconocer el lugar y, después, anclar el nuevo topónimo en su universo de conocimientos previos.

Cabe señalar que el autor de *El Victorial* apenas se interesa por la toponimia histórica. En una ocasión se refiere al supuesto cambio de un topónimo por evolución fonética:

Bruto, por quanto Anglia hera ya poblada de sus gentes, que avían nonbre «brutones», del su nonbre, púsole nonbre «Brutania»; e por tiempo dañóse el nonbre, e llámanla agora Bretania. (AV: 348)

Y otra vez se refiere a los orígenes del topónimo Gales:

E el cavallero que vos dixé que veniera con él de Galiçia, fizolo príncipe de una grand provinçia, e púsole nonbre de las Galias, *a que agora llaman Galiçia: e es la que agora llaman Gales, en Anglia*. (VIC: 347)

Para concluir este apartado, señalaremos que la diversidad de variantes que presenta un mismo topónimo refleja a menudo simples diferencias fonéticas, lo que nos lleva a recordar que estas voces eran recogidas muchas veces de forma oral. Sin embargo, también se in-

tegran en los textos de nuestros viajeros nuevos topónimos procedentes de fuentes escritas, como demuestra Ochoa (1986: 222). En un intento de identificar la isla de Viejo –que mencionan los embajadores– este historiador se percató de que se trataba de la isla de Leros y que, en este caso, el topónimo no había sido tomado oralmente sino que se había leído en un portulano y se había confundido la grafía de la voz. En la *Embajada*, otros «errores que podemos definir como gráficos [son] *Mo* por *Nios*, *Salmas* por *Salinas*, *Micarea* por *Nicaria* (nombre medieval de Icaria), o la lectura de *Léros*, confundido quizá con *Géros*. También quizá tras la grafía *Xio* por *Quiós*, esté la lectura del topónimo griego con inicial *x*» (Ochoa 1990: 88).

La diversidad en los modos de nombrar que revelan los textos deja ver tanto una toponimia poco fijada en la lengua castellana como una toponimia totalmente nueva, que entrará así a formar parte de los conocimientos de la sociedad receptora.

## 8.2. CUANTIFICAR

Un medio fundamental del que disponen los relatores para transmitir conocimientos sobre el mundo extraño es la cuantificación. Distancias, datos demográficos, perímetro de una isla, rentas que produce un lugar, número de monasterios y de iglesias, o precios de los productos en el mercado: el espacio descrito por los viajeros puede medirse y contarse. La caracterización cuantitativa oscila constantemente entre la subjetividad y la objetividad. Cuando el cuantificador se basa en la experiencia empírica –jornadas de marcha o tiro de piedra, por ejemplo–, el discurso tiende a la subjetividad, acercando el mundo lejano a través de vivencias compartidas entre relator y receptor o a través de elementos que forman parte de su universo común; cuando se cuantifica mediante medidas abstractas –millas o leguas, por ejemplo–, el discurso se hace más objetivo. Desde antiguo, la expresión de las medidas se había basado en la experiencia empírica y había estado ligada al hombre –principalmente a su cuerpo con términos como *dedo*, *palmo*, *codo* o *pie*–, a sus actividades –el movimiento o el tiro de armas– y a realidades de su entorno cotidiano, como el grano de cebada, utilizado como unidad métrica. Con el paso

del tiempo, y en particular a partir del Renacimiento, se siente la necesidad de mediciones más objetivas, más precisas y más independientes de estimaciones personales. Veremos en este apartado la importancia que nuestros textos otorgan a la cuantificación del universo recorrido y de qué modo –más o menos subjetivo u objetivo– transmiten esta información.

El relato con más referencias cuantitativas del corpus es, sin lugar a dudas, el *Viaje a Jerusalén*, que se caracteriza por sus abundantes datos numéricos. Como guía de peregrinos, este texto consigna todas las etapas del recorrido del marqués desde Castilla hasta Tierra Santa, aunque las paradas se realicen en pequeñas poblaciones. Y, si interesa al viajero dejar constancia del camino seguido, le interesa también dar a conocer las distancias exactas que median de un lugar a otro. Se trata de datos importantes para el futuro peregrino que decida recorrer la misma ruta. Una vez en Jerusalén, el marqués ubica los espacios de veneración en los Santos Lugares y detalla con toda precisión las distancias que los separan, lo que permitirá encontrarlos con facilidad. De hecho, muchos de estos lugares eran probablemente de difícil localización por el estado de ruinas en el que se hallaban ya que –como recuerdan los monjes al marqués y a sus acompañantes cuando desembarcan en Jafa– no pocos habían quedado reducidos a simples amasijos de piedras. El interés de este viajero por lo cuantitativo se manifiesta también en su escrupulosa anotación de los pagos realizados en las visitas a los Santos Lugares y las indulgencias obtenidas en cada uno de ellos. Incluso parece útil a don Fadrique señalar que la lejanía de algunos lugares de veneración unida a las dificultades del camino o del clima, le obligan a renunciar en ciertas ocasiones a su visita. Los datos pueden funcionar a modo de advertencia implícita para los que sigan sus pasos:

Boluimos a Belén y los peregrinos todos se fueron a Montana Judea y yo no osé yr allí porque *heran seys millas de yda y seis de buelta a Iersualén* y el sol de aquel mes hera muy grande y el camino muy malo. (VJ: 251)

Otro día, sábado, fueron con guarda al Jordán y no fue porque me dixo el Guardián que si tuuiera poder que pusiera descomunió que nadie no fuera por la graueza del sol sin ninguna sombra. *Son sesenta millas de*

yda y buelta de muy fragoso camino y el reposo fue muy poco, (VJ: 252)

El franco deseo de exhaustividad del marqués le lleva a confesar la imposibilidad de proporcionar las distancias entre las casas de Cai-fás, Anás y Pilatos: «[l]os misterios dichos de casa de Cayphás a la cassa de Annás y a la de Pilatos no se puede medir porque son cuesta arriba y cuesta abaxo y la ciudad no va ya por donde solía» (VJ: 238-239).

La importancia que don Fadrique otorga al detalle cifrado se evidencia también en otros ámbitos y horizontes en los que el viajero se muestra como hombre del Quinientos, para quien cantidad y precisión empiezan a ser de capital importancia. Así, el marqués no sólo consigna distancias sino que también ofrece dimensiones de islas o ciudades, abundantes datos demográficos y contabiliza casi sistemáticamente el número de iglesias, monasterios e instituciones sociales de las aglomeraciones que recorre. Además, se interesa en detallar las rentas que producen ciudades y personas. Aunque en la cuantificación de distancias, el viajero se suele valer de unidades de medida exactas –como leguas y millas– veremos que, en la expresión de las dimensiones, echará mano en algunas ocasiones de recursos más subjetivos.

Frente al *Viaje a Jerusalén*, los demás textos del corpus ofrecen, claramente, menos datos cuantitativos<sup>186</sup>. Los embajadores, por ejemplo, no dejan ninguna constancia de las distancias recorridas durante el periplo. Como el marqués, precisan todas las etapas por tierra, consignando incluso el topónimo del lugar donde pernoctan aunque éste sea de poca importancia. Sin embargo, los datos numéricos quedan fuera del marco de preocupaciones de estos viajeros-relatores: interesan los lugares y sus nombres pero no las distancias

---

<sup>186</sup> La comparación del número de ocurrencias de dos términos (*legua* y *milla*) en los textos del corpus permite hacerse una idea de las diferencias: si en el *Viaje a Jerusalén* hay 161 ocurrencias del término *legua* y 198 de *milla*, en la *Embajada* encontramos 51 del primero y 18 del segundo; en las *Andanças e Viajes* 39 del primero y 19 del segundo; en *El Victorial* 30 del primero y 4 del segundo; en el *Libro del infante don Pedro*, sólo aparece *legua* con 21 ocurrencias.

que median entre ellos. En cambio, sí proporcionan noticias –aunque ocasionales– sobre distancias entre un punto en el que se encuentran y otros lugares a los que no viajan, y sobre dimensiones (perímetro de la isla de Ibiza, por ejemplo). Para ello se valen tanto de medidas empíricas como de medidas exactas<sup>187</sup>.

En las *Andanças e Viajes* encontramos datos relativos a dimensiones, demografía y medidas itinerarias. Durante su visita a la ciudad de Jerusalén, particularmente, el cordobés entra en el molde de los relatos de peregrinación y suministra abundante información cifrada, aunque Tafur carece de la sistematización y la precisión del Marqués de Tarifa: amén de las distancias, menciona los pagos realizados para visitar algunos lugares. Los medios de cuantificación de los que se vale Pero Tafur oscilan entre los datos numéricos exactos y las apreciaciones basadas en la experiencia.

*El Victorial* apenas brinda información sobre distancias, medidas y demografía. Las distancias que consigna el relator se refieren, sobre todo, a las que separan las embarcaciones de la costa. No sirven, pues, para configurar una imagen del mundo recorrido sino que simplemente permiten entender algunos hechos precisos relacionados con maniobras navales, batallas o tormentas. Hay referencias a la profundidad de los fondos marinos y datos dispersos sobre la población de algunas aglomeraciones.

En un relato de viajes imaginario, la expresión de las distancias, magnitudes, datos demográficos y cantidades confiere realismo y

---

<sup>187</sup> La parquedad de datos cuantitativos en la *Embajada* –por lo que a la geografía se refiere– contrasta con el detalle a la hora de precisar las dimensiones de elementos arquitectónicos o decorativos, y con los variados recursos de los que los embajadores echan mano en estos casos: «[e] aquellos cerramientos que encima eran fechos, eran tan altos que darían a un omne a los pechos.» (ET: 125-126); «[a]delante un poco, entre estos dichos mármoles, estavan dos basas de piedra mármol muy grandes, una encima de otra, que era cada una tan alta como lança de armas e más» (ET: 126); «e encima d'ella estava puesto un cavallo de cobre atan grande como podrían ser quatro cavallos grandes;» (ET: 128); «e tan grande es que dizen que del un ojo al otro a tres palmos. Al que mira no le parece salvo que es como un omne; esto es por la grand altura en que está.» (ET: 130).

veracidad al discurso y, por esta razón, el *Libro del infante don Pedro* se caracteriza por una información cuantificadora relativamente abundante. Es llamativa la continua mención tanto a las sumas de dinero que reciben los viajeros por parte de algunos de sus anfitriones para proseguir su camino como a los pagos que deben realizar para poder atravesar otras tierras. En definitiva, estas transacciones no hacen más que poner de manifiesto una visión geopolítica dualista, determinada sobre todo por la religión: en tierras de cristianos o pueblos considerados aliados, los viajeros suelen recibir ayuda económica mientras que en tierras de infieles, se ven obligados a pagar salvoconductos. Así, la reina de las amazonas, súbdita del Preste Juan, dona al infante don Pedro «veynte marcos de oro en pasta & cuños» (DP: 40) mientras que, en La Meca, los viajeros deben pagar veintiséis piezas de oro para poder proseguir su camino (DP: 36). En la descripción de Jerusalén se ofrecen algunas distancias entre los lugares de veneración –aunque no de forma sistemática– y se detallan los pagos para acceder a éstos así como las indulgencias obtenidas en cada uno de ellos. Al igual que los demás relatos del corpus –con la excepción del *Viaje a Jerusalén*–, el texto consigna en pocas ocasiones las distancias recorridas entre los diferentes puntos del itinerario.

El rastreo de los datos cuantificables en nuestros textos proporciona pistas precisas sobre el modo de composición de los mismos. Como sabemos, en muchos casos, los textos debieron de redactarse en varias fases: una primera toma de notas en un diario de viajes que se completaba más tarde, probablemente ya de regreso, con detalles procedentes de fuentes documentales escritas, muy a menudo cartográficas. Tanto *El Victorial* como el *Viaje a Jerusalén* ponen al descubierto este procedimiento compositivo pues en los manuscritos respectivos aparecen espacios en blanco en el lugar donde deberían figurar las medidas:

Andando un día Juan Niño por la tierra, faziendo guerra con otros, acogieronle a un a[d]arve fasta dozientos honbres. El a[d]arve estava muy alto, en una peña que avía fasta [espacio en blanco] braças, e Juan Niño fizoles poner una escala. (VIC: 231-232)

A esta ysla vino la reyna Elena de la ysla de Lesdilis que son [espacio en blanco] millas desta a otra (VJ: 216)

### 8.2.1. Distancia

#### 8.2.1.1. Medidas empíricas

Los viajeros-relatores pueden expresar la distancia basándose en la experiencia empírica: el tiempo que se tarda en recorrerla, el alcance de un arma arrojadiza o datos procedentes de la capacidad de percepción sensorial del individuo, normalmente visual. A menudo, la *jornada* –es decir, el recorrido posible en un día de camino– sirve de unidad de medida. El recurso a las jornadas aparece en la *Embajada*, donde se da cuenta así del espacio que separa Tabriz y El Cairo, Soltania y Ormuz o Soltania y el mar del Bacu (Mar Caspio); incluso en una ocasión, los relatores llegan a utilizar los meses para el cálculo de las distancias<sup>188</sup>:

E de la ciudat de Samaricante fasta la ciudat mayor del Catay, que llaman Cabalet, que es la mayor ciudat que ha en todo el imperio, a seis meses de andadura; e los dos meses d'ellos no ha poblado ninguno, salvo de pastores e de ganados. (ET: 315)

En el *Libro del infante don Pedro* se da la distancia en jornadas a lomos de dromedario y esta medición del espacio –obviamente extraña a la sociedad receptora, acostumbrada a las jornadas a pie o a caballo– se «traduce» en las leguas que estos animales pueden recorrer en un día:

<sup>188</sup> Señala Kehren (2006 [1990]: 315, nota 5) que, en la *Embajada*, la distancia entre Tabriz y El Cairo está subestimada pero que los viajeros evalúan correctamente la que media entre Soltania y Ormuz (Kehren 2006 [1990]: 316: nota 9), entre Soltania y el mar del Bacu (Kehren 2006 [1990]: 316 nota 11) y precisa que la que separa Samarcanda de Pekín es también aproximadamente acertada (Kehren 2006 [1990]: 321, nota 7).

Partimos vn lunes & atrauessamos desde la ciudad de Edicia fasta el parayso terrenal: & para yr al desierto trauessamos diez & siete jornadas de dromedarios que es quarenta leguas la jornada del dromedario que nunca fallamos poblado ni gente: las quales son seyscientas & ochenta leguas: (DP: 49)

También Tafur mide el espacio en tiempo de camino cuando informa sobre las cinco jornadas que separan Constantinopla de Adrianópolis (AV: 142) o las tres que hay entre Viena y Budapest (AV: 284).

El trecho que suele recorrer un arma arrojadiza o un proyectil sirve también como medio para expresar la distancia, cuando ésta es corta. En el corpus, todos los viajeros-relatores emplean este recurso en alguna ocasión. Así, encontramos fórmulas como:

1. *Tiro de piedra*: «[d]e allí seguimos hasta la puerta de la ciudad que llaman de Sant Esteuan, porque allí lo sacaron a apedrear, y de donde lo apedrearon estará de allí vn tiro de piedra pequeño;» (VJ: 239); «é ay tanto de allí [Constantinopla] á Pera quanto tirará un onbre dos veçes una piedra;» (AV: 182); «[e] lo que atajava el agua avría tanto de espacio como tiro de una piedra puñal;» (VIC: 377).
2. *Tiro de trueno*: «[e]stá [Plymouth] sobre la ribera de un río, tiro de trueno de la mar larga.» (VIC. 374).
3. *Tiro de ballesta*: [de un castillo al otro no] «ay mas de tres tiros de ballesta» (DP: 52).

Nos interesa observar en un pasaje de don Fadrique cómo matiza este relator la distancia del tiro de ballesta («a vn tiro de ballesta», «avn no será vn tiro de vallesta», «a vn buen tiro de ballesta»):

Tiene el castillo paz con los turcos y a *vn tiro de ballesta* vienen a hazer mercado dos vezes en la semana de cosas de comer y otras cossas pocas. Tiene vnas huertas delante y vn poco más adelante, que *avn no será vn tiro de vallesta*, está vn cerro de donde le pueden hazer mucho daño a la fortaleza, avnque el cerro es pequeño. *A vn buen tiro de ballesta* ay vnas paredes adonde hera la ciudad de Alicarnaso (VJ: 309)



4. «Tiro de ballesta de terrero»: «la tierra estaua muy cerca y la gente no podía peligrar, porque avía de tierra a tierra vn tiro de vallesta de terrero» (VJ: 311).
5. «Cuanto una ballesta podrá echar un viratón»: «que puede aver de la una torre a la otra quanto una ballesta podrá echar un viratón.» (ET: 86).

En otras ocasiones, los viajeros-relatores expresan la distancia basándose en impresiones sensoriales como la visibilidad:

E la tierra de la Turquía está tan cerca d'esta isla [Rodas], que parece muy bien. (ET: 99)

en este lugar [el estrecho de los Dardanelos], la mar está tan estrecha, que en día claro se podía ver un estandarte de la una parte á la otra. (AV: 136)

Y es así como Pero Tafur permite imaginar la distancia que media entre Constantinopla y Pera:

é de la una parte tanto es el estrecho, que se vée pasear un onbre de la otra por el arena; (AV: 176-177)

#### 8.2.1.2. Medidas exactas

Una aprehensión del espacio más abstracta y matemática se percibe cuando los viajeros-relatores recurren a leguas y millas para dar cuenta de las distancias, la primera con un valor aproximado de cinco kilómetros y medio, y la segunda, de unos 1.850 metros. Con estas unidades expresa el Marqués de Tarifa las medidas itinerarias largas, y en los demás textos del corpus el uso de leguas y millas alterna con la expresión de la distancia en jornadas:

E de allí [Terracina] a Roma avía doze leguas. (ET: 86); Partí de Pisa é fuí á Florençia, diez leguas de allí, (AV: 16); De allí [Esclusa] fue el capitán a la çivdad de Bruxas, que está de allí seys leguas. (VIC: 429); de alli [Galilea] fasta la ciudad ay media legua. (DP: 15)

Como revelan los propios textos, en la Península se contaba la distancia de los caminos en leguas, pero éstas no eran una unidad de

medida universal. El Marqués de Tarifa emplea las medidas propias al lugar en el que se encuentra. En el itinerario que le lleva hasta Venecia, indica las distancias en leguas hasta su llegada al Ducado de Milán y, desde allí, empieza a expresarlas en millas sin ningún comentario que permita comprender la razón del cambio (VJ: 189). No obstante, en el camino de regreso, menciona el lugar donde se permuta la unidad de medida:

También diuide este puerto el Piamonte, que es en Ytalia, y la Saboya, que es junto con Francia, y venimos a dormir Avres, tres leguas, porque passado Susa luego se cuentan por leguas. (VJ: 341)

Es corriente, en cambio, el uso de la milla como unidad de medida marina:

e surgieron e echaron ancla quanto dos millas de la tierra. De allí a Costantinopla e avía *quinze millas*; (ET: 113-114)

El golfo de Veneza acabado en el fin del qual en desembocando está la ysla de Corfo, la qual dizen los veneçianos ser la puerta de su çibdat, é de la çibdat de Veneza *fasta allí se dize aver ochoçientas millas*, (AV: 43)

Y los embajadores, en un visible afán de exactitud, precisan su valor:

E d'este castillo a tierra de Turquía no ha más que fasta diez millas, que son tres leguas. (ET: 113); E esta mar que sube entre estas dos ciudades de Pera e de Costantinopla es angosta, que no ha de una ciudat a otra, salvo fasta una milla, que es tercio de legua. (ET: 146)

Si Clavijo y los suyos no proporcionan las distancias entre los puntos que recorren, no por ello ignoran la importancia de las medidas itinerarias. Llegados al imperio timurida, consignan el valor de la legua mogalí<sup>189</sup>:

E el grand Señor tenía ordenado en el su imperio e tierra de Samaricante, que tan grandes fuesen las leguas, e fezo de dos leguas que ante solían

---

<sup>189</sup> Valía, como veremos, algo más de once kilómetros.

ser, una; e puso de legua en legua por señal unos terrejones e mandó que el su chatin o gente suya, que andudiesen doze de aquellas leguas cada día o diez a lo menos por jornada. E a estas leguas llaman mogales, porque estos terrejones que así mandó poner, de legua en legua, a estas leguas que ordenó, fue en una tierra que se llama Nogalia. E los dichos embaxadores fueron por esta tierra e vieron los dichos terrojones e leguas; e cada una d'ellas ay tanto como dos leguas de Castilla e más. (ET: 224)

Junto a leguas y millas, que son las unidades de medida itinerarias más corrientes, el Marqués de Tarifa utiliza el paso para referirse a las distancias cortas que separan los lugares de veneración en el interior de la ciudad de Jerusalén:

Más adelante, como vamos hazia el Monte Sión, a mano yzquierda del camino como estos otros misterios están, está vn villar no muy grande de piedras, que es adonde hera Jesemaní, de aquí a este otro misterio ay *quarenta passos* y de aquí a la puente adonde Nuestro Señor cayó yendo presso, que está al pie de la cuesta, que desde esta puente hasta la casa de Anás, que es por donde a Nuestro Señor detendieron presso, ay *mill y ochocientos y sesenta pasos*, suben esta cuesta y abaxar otra. Desde esta casa a la de Gayfás, que es en lo alto del Monte Sión, subiendo por vna cuesta arriba ay *trecentos y cinquenta pasos*, que es la que diuide los Valles de Josafa y Siloé, que suben a Monte Sión, ay *docientos passos*. (VJ: 245)

### 8.2.2. Dimensión

Otros datos importantes en la descripción geográfica son, por supuesto, las dimensiones. Igualmente en este caso, los viajeros-relatores recurren ya sea a una expresión más bien empírica y subjetiva ya sea a una expresión más bien abstracta y objetiva de éstas.

#### 8.2.2.1. Medidas empíricas

También para dar las dimensiones, pueden emplearse unidades de tiempo (jornadas, medias jornadas, etc.), tiros de armas o imágenes procedentes de la realidad cotidiana de relatores y receptores.

La altitud de una montaña se expresa en la *Embajada*, por ejemplo, en las jornadas necesarias para llegar a su cima:

E desde esta dicha isla de Tanio onde estaban, a la mano esquierda, pareció un monte muy alto que es en la tierra de Grecia, que ha nombre Monte Santo. [...] *E dezían que desde'l pie de aquel monte fasta arriba donde el dicho monesterio estava, que ha dos jornadas;* (ET: 110-111)

El tiempo que se tarda en recorrer una distancia en el interior de una ciudad refleja su extensión. En el *Libro del infante don Pedro* se utiliza este recurso para poner de relieve la magnitud de Samarcanda. A llegar a la entrada de la ciudad, don Pedro y su séquito preguntan por la residencia de Tamorlán:

Y desde salio el sol hasta que queria poner se no eramos avn llegados ala posada. (DP: 25)

Y en Alves, se emplea el mismo procedimiento para indicar la distancia que separa las puertas de la ciudad de la residencia del Preste Juan:

Y estuimos por la Ciudad que no podiamos llegar a la posada desde la mañana hasta la noche el sol puesto. (DP: 43)

La extensión de El Cairo se pone de manifiesto cuando Pero Tafur afirma que tuvieron que andar «desde en amaneciendo fasta medio dia» (AV: 77) para llegar a la casa del Trujamán mayor de la ciudad.

La simple alusión al cansancio de los viajeros contribuye a dar una idea de la distancia recorrida. En la ciudad de Çermis (Termez), el relator de la *Embajada* manifiesta que:

E no vos puedo dezir más d'esta ciudat, salvo que desde en ella entramos, *que andudimos atán grande peça, que éramos enojados cuando a las posadas llegamos*, e todavía íbamos por plaças e calles muy pobladas, en que vendían muchas cosas. (ET: 242)

Tafur implica incluso al receptor en el cálculo de las dimensiones de la ciudad de El Cairo:

Un dia cavalgamos en amanesçiendo é fuemos á la Matarea, que es donde se faze el bálsamo, é será una legua de la çibdat, é tovimos que andar fasta medio dia con bestias bien andariegas, é nuestra posada dizen que

serie en medio de la çibdat, *ansí que de aquí se puede conosçer cuánto avrá en la çibdat de traves.* (AV: 85)

También las dimensiones de un desierto se dan a veces en jornadas:

E en una aldea que cerca d'él estava, fizieron provisión de vianda e de cevada para levar, *que avían de pasar un yermo de seis jornadas.* (ET: 326)

Al igual que para las distancias, el recorrido de un arma arrojadiza o la propia arma se utilizan como unidad de medida para dar cuenta de:

1. La anchura:

«como una ballesta podría echar un viratón»: «e de la otra parte avía un valle muy fondo e en unas peñas, *e tan ancho como una ballesta podría echar un viratón,* que cercava la ciudat en derredor fasta juntar con el río.» (ET: 190)

2. La altura:

«cuanto podría omne echar una piedra en alto»: «[e] de fuera d'esta ciudat, cuanto podría ser dos trechos de ballesta, *estavan dos torres tan altas quanto podría omne echar una piedra en alto,* que eran fechas de lodo e de caveças de omnes.» (ET: 219)

3. La largura:

«tiro de ballesta»: «[l]a largura deste valle dizen que será quatro tiros de vna buena ballesta.» (VJ: 245)

4. La profundidad:

«a mano derecha de la calle junto con la puerta está la Prauática Pecina, *que es vna caua honda y de largo vn tiro de vallesta de terrero o algo más y vna pica en hondo y otra en ancho arrimada a la pared del Templo*» (VJ: 239)

A veces, se toman realidades cotidianas del mundo medieval o imágenes relacionadas con experiencias familiares a relatores y receptores como unidad de medida. La imagen de la torre funcionará para expresar la altura en el ejemplo siguiente:

El primer dia que partimos de los baños, en una barca fuymos á una villa donde el rio *se despeña tan alto como dos torres;* (AV: 235)

Y la dimensión de naos y galeras servirá como referencia –en la *Embajada* y las *Andanças e Viajes*– para reflejar la magnitud de la cisterna construida bajo la basílica de Santa Sofía en Constantinopla:

E en esta iglesia avía una cisterna muy grande so tierra, que tenía mucha agua, *e tan grande era que dezían que podría en ella estar cient galeas.* (ET: 132)

Debaxo desta capilla sola está una çisterna, en que dizen que *con velas tendidas puede estar una nao de tres mil botas, ansí por anchura como por altura como por fondo de agua;* (AV: 172)

Simples imágenes sacadas de la experiencia cotidiana permitirán dar cuenta de la anchura de lugares navegables:

Entre el muro e la mar, *no ha más anchura de cuanto una carraca podría ir, poco más.* (ET: 145)

é partí para Ferrara todavía por aquella rivera que dixe que pasa por Boloña; *é es tan angosta, que non cabe más de una barca, é si otra le viene en contra, es forçado de sacar la una en tierra.* (AV: 18-19)

Fuyó a la tierra, e entró por la canal de un río que salía de la tierra, e la galea del capitán en pos ella, dándole batalla, *ca la canal del río hera muy angosta, que non podía yr sino una galea en pos otra.* (VIC: 290)

O del camino:

Así qu'el camino era entre el río e el pie del castillo; e el paso era muy angosto, que no podía ir sino un omne ante otro o un cavallo ante otro. (ET: 170)

Avía allí, por donde ellos avían de pasar, un paso muy estrecho, que llaman la ranbra de Atehanar, *e non podía por él pasar sino un cavallero en pos de otro.* (VIC: 523)

Medios variados para informar sobre la distancia, la longitud, la anchura y la altura –algunos abstractos y otros basados en la experiencia empírica– aparecen reunidos en el siguiente pasaje del *Viaje a Jerusalén*:

A la entrada e salida de Nápoles passé por vna cueua, que está media legua de Nápoles, que tiene mill passos de largura y por la anchura pueden yr tres carretas, y aunque desde la entrada se vee la lumbre de la salida es necesario yr con lumbre por ella; vn hombre puede yr a cauallo con vna lança enhiesta. (VJ: 321)

El Marqués de Tarifa emplea aquí las leguas para expresar la distancia de Nápoles a la cueva, los pasos para informar sobre la longitud de ésta, y recurre a dos imágenes para dar cuenta de su anchura y su altura: la imagen de las carretas y la del hombre a caballo con una lanza erguida, respectivamente. La alusión a la luz que se percibe al fondo de la cueva es un dato empírico suplementario que refuerza las medidas de longitud proporcionadas.

#### 8.2.2.2. Medidas exactas

Las dimensiones pueden expresarse igualmente mediante unidades de medida exactas, generalmente leguas:

e señaladamente estovieron con un omne que dezía que estoviera seis meses en la ciudat de Cabalet, e dezía que era cerca del mar, e que podría ser tan grande como veinte vezes Turriz. E si tan grande era como veinte veces Turriz, es la mayor ciudat del mundo, *ca Turriz ha en luengo una grand legua e más; así que avría veinte leguas en ella.* (ET: 316)

[Veneçia] Está fundada en el agua, ay vn arreçife, a que llaman Lido, entre la mar y el agua, en que la çiudad está fundada *que tura diez leguas* porque no entre el agua salada en la otra y no hunda la çiudad y *a partes dura vn tercio de legua el arreçife y a partes menos* (VJ: 203)

& salimos de su tierra & atrauessamos *vn desierto de fasta trezientas leguas* que no auia [enel] poblado ninguno. (DP: 22)

ésta [Constanza] tiene fasta el muro un lago de agua duçe que viene de las Alpes, *que a cinco ó seys leguas en luengo é otras tantas en ancho* é muy grant fondo, donde podría nadar qualquier valiente carraca, (AV: 267)

Observemos que, en el último ejemplo, Tafur no precisa la profundidad del lago de Constanza pero la afirmación de que una carraca –la

embarcación de mayor tonelaje en la Edad Media— podría navegar en sus aguas aporta un dato elocuente para los destinatarios del relato.

Por lo que se refiere a las dimensiones de costas, estrechos, accidentes costeros o perímetros de las islas se utilizan las millas, la unidad de medida marítima:

Dura la canal hasta Rodas sesenta millas. (VJ: 217); Esta isla [Mitilene] ha trezientas millas en derredor, (ET. 105); tiene en redondo esta ysla [Zanto] dozientas millas; (VJ: 215)

En cambio, los datos sobre la longitud y/o la anchura de una isla se expresan en leguas: «[e]sta dicha Ibiça es una isla pequeña, en que ha cinco leguas en luengo e tres en ancho» (ET: 84).

Los viajeros-relatores ofrecen con frecuencia datos sobre el perímetro de una ciudad, como ejemplifican los siguientes pasajes donde Tafur y Clavijo precisan la correspondencia entre leguas y millas, y aclaran cuál es la unidad de medida propia a los castellanos:

La çibdat [Roma] es en circuyto muy grande, de muro en torno veynte é quatro millas, que son, al terçio, ocho leguas de las nuestras, (AV: 22)

Así es que en derredor de toda la ciudat [Constantinopla] ha diez e ocho millas, que son seis leguas. (ET: 142)

Pese a que los textos proporcionan información numérica sobre el perímetro de una isla o de una ciudad nunca aluden a su superficie.

En el apartado sobre mares y costas (3.4.), destacamos la importancia que revestía para la navegación el conocimiento de las medidas de los fondos marinos. Los relatores integran en sus textos algunas referencias sobre las profundidades de puertos, costas y mares en general:

y entramos el miércoles noche por las canales de Zara y de Esiminico. Passó la nao vn passo de harto pelligro para no tocar en tierra que se llama Lebroso, que no estaua más de vn pie más hondo de quanto la nao podía nadar, (VJ: 311)

*El Victorial* alude a la necesidad de sondear para conocer la situación de las embarcaciones y la naturaleza del fondo marino:



Navegaron todo aquel día, que non sabían en qué paraje heran, e lançaron la sonda e fallaron tierra en sesenta braças. Conosçieron que hera la mar del canto, por quanto la sonda sacava arena. Fallaron que heran mucho en tierra, e acordaron de se meter a la mar. (VIC: 316)

Pero, sobre todo, la sonda es indispensable en fondos de profundidad variable; en el siguiente pasaje, Díaz de Games consigna las mensuraciones por medio de la braza:

Quando sondan allí, en unos lugares fallarán quatro o çinco braças, e en otros çiento o más. Por esto encallan allí muchos navíos, e muchas vezes peresçen. (VIC: 428)

### **8.2.3. Población**

Los datos demográficos que proporcionan nuestros viajeros-relatores se circunscriben a los de las aglomeraciones urbanas, tanto grandes como pequeñas. Nunca se menciona la población de un territorio en su conjunto, lo que está en consonancia con unos textos que tienden a brindar una información compartimentada del espacio. La información demográfica puede ser numérica aunque veremos que, en algunos casos, la comparación con ciudades castellanas –muy a menudo Sevilla– o con ciudades que ya se han descrito –comparación de Venecia con Milán en el *Viaje a Jerusalén*, por ejemplo (VJ: 203)– puede funcionar como recurso para evitar los datos cuantitativos. También es frecuente la simple calificación de «grande» –referida tanto a las dimensiones como a la población– y más concretamente la mención a que la ciudad está «bien poblada» o «muy poblada».

Contrasta la abundante información cifrada del *Viaje a Jerusalén* relativa a distancias, medidas y cantidades con los datos demográficos, mucho más escasos. El marqués se contenta con calificar a las ciudades recorridas de «grandes» o «muy grandes», mencionando la población de aglomeraciones como Jerusalén (3000 vecinos), Belén (200 o 300 vecinos), Rodas (de 2500 a 3000 vecinos), Nuestra Señora de Loreto (100 vecinos) o Zanto. De esta última precisa:

[Zanto = Zákynthos] está puesta en alto, cercada, hasta trecientos o quatrocientos vezinos y abaxo abrá más de mill vecinos; (VJ: 215)

En Milán, el marqués proporciona un dato interesante en cuanto a los censos de habitantes:

Lo que pude alcançar de la vezindad es que el Duque Moro en vn repartimiento que hizo escreuir las casas de la çiudad e arrauales e hallaron XXVIII mil casas, después los françeses quemaron los arrauales; cierta parte hanse tornado a rehazer, no se sabe si las ay. (VJ: 191-192)

La *Embajada* se limita a proporcionar información sobre la población de Tabriz –que «dizen que otro tiempo fue más poblada, pero en lo que oy día es poblada, ay más de dozientas mil casas» (ET: 202)– y la de Samarcanda. Con respecto a ésta, los embajadores no dejan de hacer referencia a las 150.000 personas deportadas por Tamorlán de todos los rincones del imperio para trabajar en la ciudad y manifiestan su extrañeza frente a la superpoblación de la capital timurida, que tildan de «maravilla»:

E tantas gentes fueron los que a esta ciudat fezo traher de todas generaciones, así omnes como mugeres, que dezían que eran más de cient e cincuenta mil personas. [...] E d'estas gentes avía tantas, que non podían caver en la ciudat ni en las plaças e calles e aldeas que de fuera d'ella avía; e so árboles e en cavas, avía tantos que era maravilla. (ET: 313)

En *El Victorial* las noticias demográficas escasean también: Díaz de Games ofrece datos sobre una gran aglomeración (Túnez con 100.000 vecinos) y sobre varias más pequeñas como L'Alguer, «lugar de mill moradores» (AV: 287), el aduar en los alrededores de Túnez «en que avía fasta trezientos moradores» (VIC: 296) o Chanta con 300 vecinos (VIC: 365).

Las *Andanças e Viajes* es el texto que ofrece más información numérica sobre la población de las ciudades: en Centroeuropa, el viajero-relator informa sobre los habitantes de Lucerna (1.500 vecinos), Brujas (1.500 vecinos), Amberes (6.000 vecinos) o Francfort (4.000 vecinos). En Tierra Santa menciona los 50 vecinos de Belén y los 100 de Jericó. De Bursa nos dice que cuenta con 4.000 vecinos y de Methone (Modon) con 2.000, al igual que Pera.

Si Tafur no cifra el número de habitantes de Padua, no por ello deja de proporcionar pistas que pueden ayudar a imaginar su población:

Debaxo desta sala están fechas boticas do caben todos los que fazen oficios de vestir é calçar; aquí se puede ver quan grande es, pues que de tan grant çibdat caben todos aquí. (AV: 288)

Curiosamente, en el *Libro del infante don Pedro* se encuentran abundantes datos numéricos sobre la población de ciudades orientales como El Cairo (400.000 habitantes), Asian (200.000), Panfibian (600.000), Capadocia (80.000), Samarcanda (60.000) y Albes (900.000). Si ya hemos mencionado que los datos cifrados otorgan verosimilitud a un relato imaginario, las elevadísimas cifras que se consignan constituyen ejemplos de la construcción de un discurso hiperbólico sobre Oriente, destinado a causar un fuerte impacto en el imaginario occidental.

#### 8.2.4. Realidades del mundo

Paralelamente a la información sobre distancias, dimensiones y demografía, el discurso de nuestros viajeros-relatores pone de manifiesto un interés por los aspectos de cantidad y abundancia del mundo recorrido. Mientras que, una vez más, destaca el Marqués de Tarifa por sus repetidas precisiones numéricas, los demás relatos verbalizarán la cantidad mediante otros procedimientos. Don Fadrique contabiliza, por ejemplo, iglesias, monasterios –distinguiendo incluso los de hombres y mujeres–, hospitales, calles o puentes, así como las rentas de los grandes señores, las ciudades o sus instituciones. El siguiente fragmento sobre Milán no puede ser más elocuente:

Ay en ella monesterios de diuersas hórdenes, son por todos, sin los que están fuera de la ciudad, de la Cartuxa y Sant Bernaldo, que se dize Charanar, que es el más lexos, es a çinco millas, *quarenta y seys* monesterios de frayles e *cincuenta* de monjas, y *cien* yglesias parrochiales. Ay *doze* ospitales, el *vno* grande; *doze* casas que acojen, que no son espitales; ay *dos* yglesias grandes en comedio de la ciudad solamente para predicar; ay *vna* casa grande fuera que es vn gran patio desolado con quatro corredores en quadra y de pared a pared tiene M CCC XXXI pies y *tre-*

*zientas y setenta* cámaras baxas adonde sacan a curar los de pestilencia, la qual casa no tiene alto y la hizo el Cardenal Escanio. El espital grande tiene *quatro* cuerpos de casa y cada y cada (*sic*) cuerpo tiene alto y baxo y otro tanto de bóueda en que están los seruiçios de la casa. Tiene *XXIII<sup>o</sup> mill* ducados de renta sin limosnas. Mantienen los *ocho* ospitales dichos y gastan en vn espital donde crian niños *siete mill* ducados y después de grandes a los hombres pónenlos a oficio y a las mugeres, quando son grandes, pónenlas adonde estén ençerradas. Gastan en sólo pan cada día *treynta e dos* ducados. Son muchas las limosnas que le hazen. El dormitorio es vn cruzero en que ay *ciento e veynte y quatro* camas, el vn quarto es de mugeres; tiene vn altar en medio quadrado en que pueden dezir quatro missas juntas. (VJ: 192-193)

En los demás textos del corpus, se recurre también a datos numéricos aunque de manera mucho más esporádica. Así, los embajadores informan que en Constantinopla «dizen que oy en día há en esta ciudat bien tres mil iglesias, entre grandes e pequeñas» (ET: 142) y Díaz de Games nos habla, por ejemplo, de las treinta mil torres que se encuentran en los alrededores de Túnez (VIC: 294).

Las cantidades se refieren muy a menudo al número de personas, pues, como ya hemos observado, las multitudes, sobre todo en Asia, impresionan a nuestros viajeros. A los embajadores les contaron que en China:

el Señor del Catay avía tan grand gente, que quando juntava para ir en hueste fuera de su señorío, que quedavan con él en guarda quatrocientos mil omnes a cavallo e más, que guardavan la tierra. E dezían más, que era costumbre del Señor del Catay que ningund omne no pudiese andar en cavallo, salvo el que oviese mil omnes suyos; e d'estos, que avía tantos, que era maravilla. (ET: 316)

Y Tafur informa sobre la ciudad de Gante donde «dizen que ay 60.000 onbres darmas» (AV: 258) y sobre el Gran Turco que:

estava tan bien acompañado qual yo nunca vi otro, porque allí tenía consigo todo su exército, el qual aunque parezca que yo digo mucho, refiérome á aquellos que me lo dixeron, que tenía seys çientos mil de á cavallo; (AV: 153)

En el *Libro del infante don Pedro*, el relator gusta de salpicar su relato con datos cuantitativos: asegura que Tamorlán fue a rezar a la mezquita acompañado de 80.000 caballeros (DP: 25); se refiere al séquito del sultán de El Cairo que cuenta con 40.000 caballeros y 3.000 moriscos (DP: 21); precisa el coste del alquiler de los dromedarios que utilizan don Pedro y los suyos para desplazarse (DP: 30) y menciona continuamente los pagos realizados para cruzar ciertas tierras así como las sumas de dinero que reciben en otras.

Queda por señalar que, aun cuando no se manifieste mediante datos cifrados, la expresión de la cantidad llama la atención por su frecuencia en el conjunto de los relatos; el espacio que describen los viajeros se caracteriza por la abundancia de aguas, islas, cultivos, animales... Y *muy, muchos, muy gran copia, grand, grand muchedumbre, muy muchos, infinitos* menudearán en los textos para expresarla de continuo, sobre todo en la *Embajada*. La estampa positiva del mundo que los viajeros desean transmitir supone insistir en todo lo que indique acumulación, plétora o riqueza.

### 8.3. ADJETIVAR

Si en la primera parte del trabajo («La imagen del mundo») hemos ido presentando cómo se caracterizaban los elementos más relevantes de la geografía física —en muchos casos mediante adjetivos—, en este apartado nos preguntaremos a qué obedece la adjetivación en nuestros textos y en qué medida responde al objetivo informativo de éstos. Estableceremos una clasificación semántica de los principales adjetivos que califican a los referentes geográficos a fin de ver qué características de la realidad importan a los relatores y observaremos la valoración del mundo extraño que se desprende del uso de determinados adjetivos y de los adverbios —modales o cuantitativos— que los acompañan.

Recordemos, para empezar, algunos puntos que nos ayudarán a comprender el funcionamiento de la adjetivación en nuestro corpus. Los viajeros-relatores describen el mundo recorrido a partir de unos patrones mentales —implícitos y colectivos— que comparten con la sociedad receptora. Cuando observan y transmiten el mundo extraño,

los relatores ven y describen la diferencia, no la similitud<sup>190</sup>; echan mano de un proceso comparativo –voluntario o involuntario, consciente o inconsciente– en el que se fijan en lo diferente, tomando como punto de referencia el mundo que conocen. Su discurso ofrece repetidas muestras de este *modus operandi* y refleja así el universo común a relatores y destinatarios. Tafur describe, por ejemplo, el modo de vida de los turcos, estableciendo un paralelismo tácito con su Castilla natal:

Aquí non comen pan, que non lo ay, sinon arroz con leche de camellos, é carne de cavallos; de vino nunca ovieron noticia; é éstos están á la ley de Mahomad. Señorea gran tierra este Grant Can, pero non çibdades nin villas, que non las ay, é biven por los campos; (AV: 167)

Los parámetros en los que Pero Tafur centra sus observaciones –arroz como cereal de base, consumo de carne de caballo, prohibición de bebidas alcohólicas y nomadismo– nos remiten a una sociedad receptora basada en el cultivo del trigo y en la cría de ovinos, productora de vino y organizada en torno a núcleos urbanos. Son igualmente las diferencias implícitas con el universo de partida las que actúan como motor de la descripción de Brujas en las *Andanças e Viajes*:

La gente es muy industriosa á maravilla, que la esterilidad de la tierra lo faze, que en la tierra nasce muy poco pan é vino non ninguno, é non ay agua que de beber sea, nin fruta ninguna, (AV: 252)

Las costumbres alimenticias de los castellanos se perciben igualmente cuando Gómez de Santisteban señala que, en Troya, a los viajeros les dieron de comer dromedario porque «no auia vaca ni carnero» (DP: 7). En estas descripciones, los relatores no sólo se centran en lo diferente sino que lo hacen observando, sobre todo, la ausencia en el mundo recorrido de determinados elementos frecuentes en el mundo propio. Es la referencia a unas carencias que se expresan a menudo

---

<sup>190</sup> «Ce que voit et enregistre le voyageur médiéval, c'est la différence, non la similitude: l'extraordinaire, le surprenant, souvent le haïssable, dimensions d'un espace inimaginable» (Zumthor 1993: 261).

de modo negativo— mediante prefijos (*de-* / *des-*), partículas negativas (*no*, *ni*, *sin*), adverbios o adjetivos semánticamente negativos (*nunca*, *poco*, *ninguno-a*)— lo que refleja la singularidad y la diferencia del objeto descrito.

La existencia de unos patrones mentales sobre lo que es el mundo y el recurso a la negación como estrategia descriptiva se hacen particularmente patentes en las estampas de ciudades que ofrecen los relatos. La prototípica urbe medieval castellana posee sólidas murallas de piedra y ello permite el aislamiento del territorio que la rodea; es un espacio protegido por un castillo, lo que da prueba de su seguridad; su situación en lo alto de un accidente del terreno y sus características construcciones, que se alzan hacia el cielo, evocan la idea de verticalidad y se asocian con la grandeza y el poder del medio urbano. Tal modelo de ciudad emerge en nuestros textos a través de descripciones negativas en las que se menciona —para presentar algunos ejemplos— que Çermis «no era murada ni avía cerca ninguna» (ET: 242); se alude a la falta de murallas en Poole diciendo que «[e]l lugar hera deçercado» (VIC: 378) y se caracteriza a Damiatá como «çibdat llana é desmurada é sin castillo» (AV: 72). Todo ello presupone una imagen de la ciudad como lugar necesariamente amurallado y bien protegido.

En el (3.4.) sobre mares y costas ya hemos visto que la descripción del Atlántico en *El Victorial* se construye de modo negativo a partir del modelo más familiar a los receptores de la obra, el Mediterráneo. Así, Díaz de Games alude continuamente no a las características intrínsecas del Océano sino a los rasgos que lo diferencian con respecto al Mediterráneo. El Océano no es como el Mediterráneo porque «non á menguante, nin más creçiente, nin grandes corrientes» y «[o]trosí, non son en ella los vientos tan afortunados» (VIC: 454).

Tanto la imagen del mundo a la que remiten las descripciones como la descripción negativa en la que se menciona lo que no existe en la tierra extraña pero sí en la propia pueden ofrecer pistas para introducirse en el análisis de la adjetivación de los relatos de viajes castellanos que nos ocupan. El etnocentrismo que se desprende de este tipo de discurso (Guéret-Laferté 1994: 226) supone una sociedad receptora considerada en su homogeneidad, para la que simples voces como *montaña*, *río* o *ciudad* pueden, sin necesidad de recurrir a

epítetos, conllevar de por sí un fuerte valor descriptivo y activar imágenes mentales bien precisas. Como afirma Zumthor «[p]arfois, les mots seuls de *cit * ou de *ville* tiennent lieu de description, tant apparemment ils sont suggestifs!» (1993: 113). Esta visi3n tipificada –que renite a determinados modelos prefijados– justifica en parte la parquedad de adjetivos en los textos del corpus, y explica la pretendida deficiencia estilística de la que se les acusa con frecuencia<sup>191</sup>.

Porque –es forzoso admitirlo– el discurso geográfico en nuestro corpus revela una adjetivaci3n en general escasa, a menudo polarizada y que puede carecer de la suficiente precisi3n –a juicio de un lector del siglo XXI– para dar cuenta con fineza de la realidad descrita. Los adjetivos en la *Embajada* suelen ser repetitivos y bipolares; *El Victorial* presenta una adjetivaci3n algo más amplia y variada en las descripciones del viento y los fen3menos marítimos, pero es igualmente limitada por lo que se refiere a los demás aspectos de la geografía; en el *Viaje a Jerusalén* el espacio recorrido está poco caracterizado mediante adjetivos; G3mez de Santisteban en el *Libro del infante don Pedro* prácticamente no utiliza esta clase de palabras para contar el mundo. El relator que mejor singulariza los espacios descritos por la amplitud de su adjetivaci3n –sobre todo en lo que se refiere a las ciudades– es, sin duda, Pero Tafur.

Sin embargo, hay que tener presente otra estructura sintáctica, el complemento del nombre, que cumple igualmente una funci3n adjetivadora y que contribuye a caracterizar el mundo recorrido. La abundante presencia de este tipo de sintagmas confirma que en la descripci3n medieval el sustantivo domina al adjetivo (Huizinga 1980: 294). La copresencia de adjetivos y complementos del nombre da lugar a estructuras bimembres o trimembres –recurrentes en la *Embajada* y las *Andanças*–, que son altamente rentables y que pueden presentar las siguientes combinaciones:

1. Dos o tres adjetivos coordinados: «[e] la mont a de la mano izquierda está bien cerca de la ciudad e es *muy alta e caliente*» (ET: 199); «e levaron *buen camino, e llano e bien poblado* (ET: 325); «el camino es *muy largo   trabajoso   peligroso*» (AV: 97).

<sup>191</sup> Recordemos las críticas de Vives (1982: 1) y Morel Fatio (Vives 1982: 14) sobre el texto de Tafur, por ejemplo.



2. Adjetivo(s) + complemento del nombre: «una *sierra vermeja, sin niebe*» (ET: 328); unas montañas *altas, rasas, sin montes* (ET: 208); «el camino fue *muy fraguoso e de malos pasos*» (ET: 189); «tierra *áspera é de muchas montañas*» (AV: 8).
3. Complementos(s) del nombre: «*de grand bollicio e de muchas mercadorías*» (ET: 200); «[e]sta çibdat es *de muy gentiles casas é muy buenas calles é mesones*» (AV: 292); «[t]oda la tierra deste Ducado es *de muchas aguas*» (VJ: 194).

La limitada adjetivación de los textos queda compensada por el uso de los complementos del nombre que, amén de contribuir a la caracterización de los lugares descritos, estructuran y ordenan el discurso<sup>192</sup>.

### 8.3.1. Semántica de los adjetivos

Para ver qué información aportan los adjetivos sobre las realidades descritas, nos basaremos en la clasificación semántica de los calificativos establecida por Dixon (1977) y presentada por Demonte (1999: 175-182), a saber, adjetivos que expresan dimensión, velocidad, propiedad física, color, edad, valoración y propensión o capacidad humana. Sin embargo, al limitarse nuestro estudio a la geografía física y a las aglomeraciones urbanas, una de las clasificaciones (velocidad) carecerá de relevancia para nosotros, por lo que no vamos a tenerla en cuenta<sup>193</sup>.

1. *Adjetivos de dimensión o tamaño*. Estos adjetivos caracterizan una realidad según su altura, longitud, anchura, profundidad y volumen. Se presentan «en pares de antónimos polares y la forma positiva de esa oposición representa por lo general a la dimensión en sí» (Demonte 1999: 176). Hay que señalar que, en nuestros textos,

<sup>192</sup> No hay que olvidar tampoco la función adjetivadora de algunas subordinadas de relativo: «sierras altas, sin montes, que decendían muchas aguas» (ET: 188).

<sup>193</sup> Aunque la lista de los adjetivos que ofrecemos no es exhaustiva –ni tampoco lo es el repertorio de sustantivos a los que estos adjetivos califican– hemos recogido tanto los adjetivos como las combinaciones de «sustantivo + adjetivo» más frecuentes.

los adjetivos más frecuentes en este grupo son los que indican polaridad positiva.

- a. *Altura*. En el corpus, el adjetivo *alto* aparece sobre todo calificando a las elevaciones de relieve, las olas, los árboles y el bosque; aunque recogemos *alto*, no encontramos su antónimo *bajo* en el contexto de las descripciones geográficas.
- b. *Longitud*. Tenemos ocurrencias de los dos adjetivos de la polaridad, *largo* y *corto*, aplicados, respectivamente, al valle y a la ciudad, o al camino. Hay que señalar, sin embargo, que en nuestros relatos es poco habitual referirse a la longitud con dichos calificativos y que esta dimensión se expresará, preferentemente, mediante las medidas (véase el apartado 8.2. «Cuantificar»).
- c. *Anchura*. Aquí aparece también la polaridad y encontramos *ancho* (para el valle y el río) y *angosto* (para el río, el camino, el mar, la ciudad) o *estrecho* (solamente aplicado al mar).
- d. *Grosor y profundidad*. Junto a los adjetivos que expresan las tres dimensiones del espacio, encontramos otros que expresan el grueso y la profundidad. En los textos se utiliza el adjetivo *delgado* para calificar a los árboles (AV). Y se dice de un mar, un lago y un puerto que es *fondo*, adjetivo que se encuentra asimismo referido a valles, quebradas y pasos. Su antónimo en el contexto marítimo será *baxo* con el sentido de 'poco profundo': «é la mar es tan *baxa* de la parte de Turquía é tan *fonda* de la parte de la Greçia, que qualquier navío, por grande que sea, va junto con el muro de Constantinopla» (AV: 177).
- e. *Volumen*. En los textos aparecen los antónimos *grande* / *pequeño*. No olvidemos que ambos adjetivos pueden representar las tres dimensiones de altura, longitud y anchura por lo que están en relación de hiperonimia con *alto* / *bajo*; *largo* / *corto* y *ancho* / *estrecho*.

Cuando se dice de los llanos, llanuras, valles, huertas, arboledas o ciudades que son *grandes*, el adjetivo se refiere a la extensión. Aplicado a los ríos, *grande* alude tanto a sus dimensiones (largo y ancho) como a su caudal; con *grande* se designa también la altura de las elevaciones del relieve (montañas y sierras) y la de los árboles. En los animales –«[a]vía muy çerca de allí bosques en que avía de todos los venados, grandes e pequeños» (VIC: 392)–, *grande* indica el

volumen propiamente dicho. Además, la amplitud semántica de *grande* permite que se utilice con el sentido de 'intenso' para calificar al calor, el sol, las tormentas y los vientos.

*Pequeño*, por otro lado, se dice de los accidentes del terreno (mota y cerro) con el sentido 'de poca elevación'; de los huertos –«[e] vio pocos panes, e pocas huertas, sinon muchos hortezuelos e pequeños» (VIC: 501)– con el significado 'de poca extensión' y de los animales (venados, carneros) con el significado 'de poco volumen'. También se puede aplicar a las ciudades (ET, AV, VIC, VJ).

Registramos una ocurrencia del adjetivo *mediana*: «& la leche es delas animalias muy grandes y medianas» (DP: 18).

2. *Adjetivos de propiedad física*. Hacen referencia a características de los objetos perceptibles mediante los sentidos, distintos de la dimensión, la velocidad y el color (que ya poseen una clase específica). También estos adjetivos suelen dar lugar a pares de antónimos, pero sin que uno de los dos adjetivos funcione como término no marcado en la polaridad: en este grupo la «polaridad carece de orientación» por lo que estamos ante «antónimos equipolentes» (Demonte 1999: 177).
  - a. *Forma*. Recogemos algunos adjetivos de forma, muy a menudo aplicados a las elevaciones del terreno, como *aguda* (montaña); *enfiesta* (sierra); *redondo* (mota, otero, mar); *derecho* (camino) y *cavada* (mar). Se dan también estos adjetivos para la descripción general de la topografía: *llano* (tierra, camino, yermo, ciudad); *fraguoso* (tierra, camino, sierra); *áspero* (montaña, tierra, camino); *montañosa* (tierra); *fuerte* (peña, tierra) y *brava* (montaña).
  - b. *Sabor*. Se hace referencia al sabor del agua con los adjetivos *dulce*, *amarga*, *gruesa*, *sabrosa* y *salada*.
  - c. *Olor*. Sólo encontramos un adjetivo referido al olor, *fedionda*, para el *agua* (AV).
  - d. *Temperatura*. Normalmente para hablar del clima de un lugar o una tierra se emplea *frío* y *caliente*, y estos mismos adjetivos se aplican al viento y al aire. También registramos algún uso de *elada* (tierra, agua, nieve) y de *fresco* (viento).
  - e. *Apariencia*. Dos adjetivos describen la ausencia de vegetación en las montañas: *desierta* y, sobre todo, *rasa*.

3. *Adjetivos de color*. En la *Embajada*, la sierra es *vermeja*, el río Biamo *rubio* y la jirafa tiene el cuerpo *dorado* con manchas y el vientre *blancos*; Tafur describe a este animal refiriéndose a sus motas *blancas* y *amarillas* y alude también a los higos *vermejos* en Egipto; en el *Viaje a Jerusalén* se usan los adjetivos *azul* y *blanco* para describir las aguas en diferentes ocasiones y las aguas del lago de Averno son *prietas*; en *El Victorial* se habla de flores *coloradas* y en el *Libro del infante don Pedro* aparecen ríos de agua *negra*. Observamos un uso reducido de adjetivos de color para describir los referentes geográficos, que contrasta con el uso más abundante de estas palabras que encontramos en la *Embajada* en las descripciones de las iglesias de Constantinopla, las tiendas de Tamorlán, el árbol de joyas o los ropajes de los mongoles.
4. *Adjetivos de edad*. El único que recogemos es *antigua* (y el superlativo *antiquíssima* en Tafur).
5. *Adjetivos de aptitudes y predisposiciones humanas*. Los calificativos de este grupo se utilizan muy a menudo referidos a objetos físicos y forman un grupo muy heterogéneo en el que predominan los adjetivos que reflejan capacidad física, pasiones y estados de ánimo. En nuestro corpus se aplican, sobre todo, al mar y al viento. Los utiliza con profusión Díaz de Games.
  - a. Referidos al estado del mar: *recelada*, *alterada*, *ayrada*, *yrada*, *brava*, *tormentosa*, *pagada*, *calma* y *mansa*.
  - b. Referidos al viento: *afortunado*, *bravo*, *contrario*, *rezio*, *fuerte*, *forçoso*, *esforçado*, *riguroso* y *asosegado*.
6. *Adjetivos de valoración o evaluativos*. Esta clase de adjetivos – *bueno* / *malo* y *hermoso* / *feo* con todos sus hipónimos– «no es una clase más entre los adjetivos calificativos sino más bien una hiper-clase que cruza a casi todas las anteriores» (Demonte 1999: 180), como vamos a ver un poco más adelante. En nuestros textos se atribuye la cualidad de *bueno* en particular a las ciudades, la tierra, el camino, el agua, el tiempo, el viento, el sol, los melones, los jardines y los pastos. Otros adjetivos evaluativos frecuentes, particularmente aplicados a las ciudades, son *noble*, *gentil*, *notable* y *polida* (AV).

Entre los adjetivos de polaridad negativa, *malo* se dice del camino, el agua, el tiempo y el sol. Pertenecen también a este grupo los

adjetivos *peligroso* (camino, mar, ras) y *trabajoso* (camino), que expresan la visión del relator frente a las realidades a las que califica.

En el campo de la valoración estética, los viajeros-relatores hacen amplio uso de *fermoso* aplicado a ciudades, casas, valles y huertas, sobre todo.

Entrarían difícilmente en las anteriores clasificaciones un extenso elenco de adjetivos (muchos de ellos participios), que vamos a agrupar según su sentido en:

1. Adjetivos referidos a la población: *poblado* (ciudad, valle, camino, lugar, tierra, sierra), *despoblado* (tierra, ciudad), *avitado* (camino), *morada* (ciudad) y *populosa* (ciudad).
2. Adjetivos referidos a aspectos materiales, generalmente cualidades atribuidas a la ciudad: *abastada*, *basteçida*, *rica*, *mercaderesca*, *gruesa* y *abundosa*.
3. Adjetivos referidos al urbanismo de la ciudad: *cercada* / *decercada*, *murada* / *desmurada*, *fortificada*, *fuerte*, *enlosada*, *enladrillada* y *encasada*.
4. Adjetivos referidos al trabajo de la tierra y a su rendimiento: *labrada*, *sembrada*, *abastada*, *gruesa*, *virtuosa* y *estéril*.

### 8.3.2. Adjetivación positiva

La abundancia de adjetivos bipolares –entre los que destaca la frecuencia de los pares positivos (*alto*, *grande*, *bueno*, *fermoso*) frente a los negativos (*bajo*, *pequeño*, *malo*, *feo*)– caracteriza el discurso de nuestros viajeros. Esta selección de adjetivos evidencia, en primer lugar, una percepción fuertemente polarizada del mundo recorrido y, en segundo lugar, una visión encomiástica de éste. Por lo que se refiere al uso de adjetivos polares, tanto si la oposición de los dos términos es implícita como si es explícita refleja una dicotomía, produce un efecto de simetría y ofrece una visión ordenada del mundo que permite explicarlo y comprenderlo: el camino puede ser «buen camino de andar» o «mal camino de andar»; las islas, «pobladas» o «despobladas»; el clima, «caliente» o «frío»; el agua, «buena» o «mala». Tafur y, especialmente, Clavijo plasman esta visión de la geografía tanto con el uso de los adjetivos como con la propia estructura del texto; valgan, a modo de ejemplo, las siguientes descripciones:

E después de comer, partieron de allí e fueron su vía; e un poco adelante, pasaron cerca de dos castillos que están en dos oteros que están juntos con el mar; e el un castillo ha nombre Girol de la Grescia e el otro, Girol de la Turquía; e el uno está en Grecia, e el otro, en la Turquía; e el de Grecia está *despoblado* e destruido; e el de la Turquía está *poblado*. (ET: 150)

la Turquía es muy grant tierra, pero muy *estérile* é mal poblada é *motañosa*; la Grecia, que ellos tienen ocupada, es tierra *llana* é *abundosa*, aunque agora mal poblada por las guerras, (AV: 156)

En cuanto al predominio de adjetivos de polaridad positiva, característico de nuestros textos, sabemos que se ajusta a los principios retóricos de la alabanza del género epidíptico. Frente a un adjetivo como *grande*, *pequeño* está claramente en inferioridad de frecuencia; lo mismo ocurre con *alto* o *bueno*, cuyos contrarios negativos *bajo* y *malo* casi no aparecen. Si menudea el adjetivo *fermoso*, su contrario está ausente. Los viajeros parecen dispuestos a entusiasmarse por el nuevo espacio que recorren y se observa en su discurso una decidida voluntad de presentar las bondades del mundo. De cualquier elemento de la geografía destacarán sus propiedades positivas: desde los pescados –*buenos, sanos, grandes* (AV: 233)– en las *Andanças*, hasta las huertas –*fermosas*– de la *Embajada* aunque, entre todos los referentes geográficos, será la ciudad el espacio más digno de elogio:

Esta çibdat es de muy gentiles casas é muy buenas calles é mesones é muy limpia é abastadamente ordenados, yglesias é monesterios muy magníficos, espitales los mejores del mundo, (AV: 292-293)

La insistencia en los aspectos positivos del universo recorrido posee un carácter persuasivo y muestra tanto la percepción del mundo –medieval y cristiana– como libro escrito por Dios como la visión pre-renacentista en la que el hombre y su actividad en el mundo se empiezan a percibir de manera favorable.

Y, cuando los relatores se ven en la obligación de dar cuenta de algo que se siente como una carencia o un defecto, suelen recurrir a la negación de la cualidad: «no es muy grande» (ET: 98) o «no es tan bien poblada» (ET: 143). El Marqués de Tarifa calificará a Boloña de «no hermosa» (VJ: 196») o Tafur en su descripción de Roma nos

dirá que la iglesia de San Juan de Letrán «es grande, pero non rica, nin bien labrada, nin limpia, nin bien aderesçada» (AV: 30).

La mayor proporción de adjetivos positivos frente a los negativos no impide, sin embargo, que se mencione que una ciudad está «mucho despoblada» (AV: 260), que el camino es «mal camino» (VJ: 188) o que el olor de las aguas del Mar Muerto es «fedionda» (AV: 60). Algunos de los calificativos que acompañan a la voz *viento* o *mar* transmiten asimismo una visión negativa, ligada en este caso al peligro que suponen ese fenómeno atmosférico y ese elemento natural. Si, obviamente, los relatores constatan la fealdad, el mal y la dificultad, el lugar que se les concede en el discurso queda, no obstante, reducido al máximo.

### 8.3.3. Adjetivación subjetiva

Conviene recordar aquí la categorización de los adjetivos de Kerbrat-Orecchioni (2006 [1999]: 94-112), que nos permitirá evaluar el grado de subjetividad que permea nuestros textos. La lingüista distingue entre:

1. Adjetivos objetivos: no admiten gradación como *soltero-casado*, *macho-hembra* o los adjetivos de color.
2. Adjetivos subjetivos
  - i. Afectivos: expresan a la vez una propiedad del objeto y una reacción emocional del locutor frente a este objeto como *divertido* o *patético*.
  - ii. Evaluativos
    - a. No axiológicos: no expresan un juicio de valor como *grande*, *lejos*, *caliente* o *numeroso*.
    - b. Axiológicos: reflejan una escala de valores ética o estética y manifiestan una «responsabilidad enunciativa» por parte del locutor como *bueno* o *bello*.

Muchos de los adjetivos que aparecen en las descripciones geográficas de nuestros relatos pueden clasificarse en el grupo de los objetivos (color) y de los subjetivos evaluativos no axiológicos (dimensionales, de propiedad física, edad y aptitudes o predisposiciones humanas). Pese a que los adjetivos de este último grupo no expresan un juicio de valor individual sí reflejan, en cambio, los valores compar-

tidos de una sociedad. Piénsese en la valoración relativa del clima (*frío-cálido*) según nuestro lugar de origen, por ejemplo. Como advierte Kerbrat-Orecchioni (2006 [1999]: 94) «“tout est relatif”, dans l'usage des adjectifs».

Sin embargo, los adjetivos que suponen una verdadera implicación enunciativa por parte del relator y manifiestan su subjetividad personal son los que se encuentran en el grupo de los axiológicos. En el corpus, éstos abundan en la descripción de las ciudades, especialmente en el texto de Tafur. De ellas se dice que son *buenas* (AV, VIC, VJ), *hermosas* (AV, VIC, VJ) y *nobles* (VIC, DP); en las *Andanças* a estos adjetivos se añaden *gentil*, *notable* y *polida*. Además, Tafur califica a las calles de *buenas* y *gentiles*; a las casas de *gentiles*, *notables* y *magníficas*; de numerosos elementos del espacio urbano –castillos, barreras, cavas, fortalezas, lonjas, mesones, monasterios, muros, pabellones, posadas, puertos e iglesias– dice que son *buenos*. *Maravilloso* y *magnífico* adjetivan a realidades de la ciudad en su más alto grado: el andaluz habla de «maravillosos edificios», de un «monasterio magnífico» o describe las atarazanas de Constantinopla como «magnífica cosa».

Los recursos para expresar su opinión sobre el mundo y cantar sus excelencias no se agotan con la mera elección del adjetivo. El relator puede usar adverbios que modifican a los adjetivos, cargándolos de valores modales e implicándose personalmente en el discurso. Se trata de un rasgo también característico del discurso de Tafur:

[Basilea] es çibdat *muy bien murada é muy gentilmente encasada*, de buenos sobrados altos é chimeneas, é estan *gentilmente labradas* con sus vedrieras á la calle, é muchas torres con sus cruxíos con sus grínpolas ençima, é muy polida cosa de ver de dentro é muy mucho más de fuera; (AV: 233)

Este fragmento de las *Andanças* ilustra el carácter subjetivo que adquieren los adjetivos no axiológicos –*murada*, *encasada*, *labradas*– por la anteposición de los adverbios de valor axiológico, *bien* y *gentilmente*. *Bien* o los adverbios en –*mente* formados sobre adjetivos valorativos (*notable*, *comunal*, *gentil*, *maravilloso*) marcan el discurso con un tono subjetivo: «notablemente murada», «comunalmemente murada», «gentilmente encasada», «maravillosamente ordenada».



También el adverbio *bien* –con sentido modal y no cuantitativo– se antepone a adjetivos no axiológicos en los relatos de algunos de nuestros viajeros, cargándolos automáticamente de subjetividad. En *El Victorial*, por ejemplo, la ciudad está «bien asentada» o «bien cercada» y en las *Andanças e Viajes* «bien murada», «bien encasada», «bien enlosada» o «bien enladrillada».

Otro rasgo del adjetivo que determina el grado de objetividad o subjetividad del texto es su posición con respecto al sustantivo al que acompaña ya que su anteposición confiere al discurso un carácter enfático y subjetivo. Una vez más, Tafur es el relator que mayor uso hace de adjetivos antepuestos al sustantivo:

Ésta çibdat de Brujas es en el condado de Frandes é cabeça dél, es *grant pueblo*, é muy *gentiles aposentamientos* é muy *gentiles calles*, todas pobladas de artesanos, muy *gentiles yglesias é monesterios*, muy *buenos mesones*, muy *grant regimiento* ansi en la justiçia como en lo ál. (AV: 251)

Ya ha señalado Carrizo (1997: 102) la diferencia que establece Tafur entre las fachadas «ricamente labradas» y «labradas gentilmente», que indica «rasgos cuidados de la prosa encaminados a la eficacia de las descripciones, de los varios que [...] sobresalen en los libros de viajes del siglo XV, pese al arcaísmo del estilo».

Si Tafur construye su discurso laudatorio sobre el mundo a partir de una visión subjetiva y valorativa –que se expresa en la selección de los adjetivos, la posición de éstos con respecto al sustantivo y el uso de los adverbios axiológicos–, los embajadores construyen el suyo, basándose en la hipérbole cuantitativa que impregna todo el texto, como ya hemos tenido ocasión de observar. Montañas, aguas o cultivos: todo es abundante en el escenario que recorren los embajadores. En la *Embajada*, la hipérbole se expresa, además, anteponiendo al adjetivo el adverbio de grado *muy*, *bien* con valor cuantitativo y *mucho* con valor adverbial. Estos cuantificadores redundan en la visión positiva, articulada en este caso sobre la plétora: la ciudad es calificada de «muy rica» y «muy grande», la tierra de «muy gruesa», el puerto de Gaeta es «bien fermoso» y la huerta es «grande mucho».

### 8.3.4. Balance

Una sociedad homogénea y con patrones mentales tipificados sobre el mundo explica, en parte, la adjetivación reducida y polarizada que observamos en nuestros textos. La mayor abundancia de adjetivos de polaridad positiva frente a los de polaridad negativa –que ha puesto en evidencia la clasificación semántica de esta clase de palabras– contribuye a forjar una visión encomiástica del mundo recorrido. Esta imagen, marcadamente subjetiva, es transmitida por la semántica del propio adjetivo y se puede reforzar gracias a: 1. la valoración que le puede inyectar el adverbio modificador; 2. y la anteposición del adjetivo al sustantivo. Tafur destaca entre todos los relatores por la amplia utilización de estos recursos modalizadores –que impregnan su discurso de subjetividad–, mientras que la percepción positiva del mundo de Clavijo se construye, en cambio, mediante el uso de adjetivos modificados por partículas cuantificadoras.

## 8.4. COMPARAR

Los viajeros-relatores acercan la tierra incógnita a su público receptor nombrando los espacios recorridos, brindando datos cuantitativos sobre ellos y caracterizándolos. Pero ¿qué recurso podría ser más eficaz que la comparación para establecer puentes bien precisos entre los dos mundos, el mundo del viaje y el mundo en el que se cuenta<sup>194</sup>? Con la comparación –uno de los principales recursos de la «retórica de la alteridad» (Hartog 1980: 237-242)–, el «acá», el universo conocido, actúa como punto de anclaje para ofrecer, por analogía, un reflejo del «allí / «allá», el universo desconocido. Como expone claramente Mondada (1994: 436-437):

Le texte vise la description d'objets nouveaux se situant dans un monde culturel différent, pour lesquels, ne pouvant fournir une dénomination immédiate, il doit produire une intelligibilité en les ancrant à des repères

---

<sup>194</sup> En el esquema que propone Adam (1993: 102-115) sobre los componentes de la descripción, se trata de una de las modalidades para la vinculación del objeto descrito con el mundo exterior (puesta en relación), junto a la metonimia y la metáfora.

connus, relevant d'un savoir partagé. Il dit la singularité de l'objet en l'intégrant dans un réseau comparatif comportant d'autres objets, construisant ainsi un savoir non seulement rapporté à un lieu mais aussi globalement rapporté à un réseaux de lieux qui lui donne sens. La particularité d'un lieu ou d'un objet exotique est donc paradoxalement dite à travers sa comparaison avec des lieux et des objets familiers.

El procedimiento se usó ya en la epopeya antigua, Herodoto echó mano de él en sus obras, fue conocido igualmente en la retórica medieval y abunda en las Crónicas de Indias<sup>195</sup>. Lo desconocido se describe a partir de lo conocido ya que, sin una referencia a éste, la imaginación del mundo nuevo sería, de hecho, imposible: los saberes, la herencia cultural y los hábitos de los relatores determinan su modo de mirar el mundo extraño y de explicarlo a unos receptores con los que comparten un universo común de referencia. Por esta razón, el estudio de la comparación constituye, quizás, uno de los campos que mejor nos permite –aparte de imaginar el mundo recorrido por los viajeros, claro está– aprehender igualmente los valores de la sociedad receptora<sup>196</sup>.

Hay que añadir, además, que la comparación es el único tipo de figura u ornamento retórico empleado de manera generalizada en nuestros textos –salvo en *El Victorial* en el que, por su carácter literario, el relator echa mano de un abanico más amplio de recursos estilísticos–, aunque su frecuencia de uso varía mucho de un relator a otro. La plétora de ejemplos procedentes de las *Andanças e Viajes* que ilustrarán este apartado y la variedad de estructuras con las que

<sup>195</sup> Carrizo (1997: 22) advierte que muchos críticos han considerado el recurso de reunir aspectos conocidos para exponer algo desconocido como una «ingeniosa invención que elaboraron los cronistas ante el cúmulo de novedades con que los abrumaba el nuevo continente». Martinnell (1988: 137-162) presenta en unas páginas las estrategias empleadas por los Cronistas de Indias para la denominación de lo nuevo y su estudio recoge algunas estructuras comparativas que, como veremos, ya fueron utilizadas ampliamente por nuestros viajeros en la Edad Media.

<sup>196</sup> Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996: 97) señalan la base «inequívocamente locativa» de la comparación, indicando que ésta no es más que un proceso de acercamiento o alejamiento mental entre dos entidades o dos propiedades.

la comparación se presenta en el relato de Pero Tafur revelan la importante utilización del recurso por parte de este viajero. Lejos de tratarse de una casualidad, las abundantes comparaciones de Tafur ponen de manifiesto –también aquí– el carácter fuertemente subjetivo de su relato. Si la comparación se apoya en el mundo familiar a relatores y receptores, cuantas más referencias a este mundo contenga un texto más centrado estará en el «aquí» de la enunciación y en el «yo» del relator: el universo personal de Tafur asoma en cada rincón de su discurso y las comparaciones contribuyen en gran medida a ello. El andaluz privilegia la comparación como recurso para «hacer ver» y ello nos lleva a percibir el mundo a través de sus ojos. El texto de los embajadores, por el contrario, aunque sin dejar de emplear la comparación, no recurre a ella con la frecuencia de Pero Tafur. En la *Embajada* se percibe el esfuerzo de explicar el mundo extraño por sí mismo, lo que exige una fuerte dosis de distancia, objetividad y descentramiento, a la vez que presupone la voluntad de mostrar la especificidad del mundo del otro.

Por último, hay que señalar que en el *Libro del infante don Pedro* la comparación está prácticamente ausente del texto y que buena parte de las comparaciones de *El Victorial* obedecen más a objetivos estilísticos que informativos. Es así como éstas funcionan, por ejemplo, en los pasajes en los que Díaz de Games describe el estado de la mar:

Venían las olas tan altas como sierras, la mar cavada. (VIC: 362)

E aquel ras es muy peligroso, que paresçe que ansí fierve allí el agua a borvollones, como una caldera de agua quando está sobre el fuego; non porque sea caliente, mas porque es allí tal la mar que faze allí toda remolinos. (VIC: 360)

Huelga mencionar el carácter hiperbólico de las imágenes de Díaz de Games en un texto rico, por lo demás, en comparaciones de personas con animales –usuales en la poesía o procedentes de la tradición épica y cronística– y de la guerra con fenómenos atmosféricos (Beltrán Llavador 2005 [1994]: 138-140).

### 8.4.1. Tipos de comparación

La analogía se puede expresar a través de:

1. la equivalencia (*X como Y*);
2. la comparación de superioridad o de inferioridad<sup>197</sup> (*X más / menos que Y*);
3. la aproximación (*X parecido a / casi como / cercano a Y*);
4. la oposición negativa (*X no como Y*);
5. el paralelismo (Gomez-Géraud 2000a: 87).

Nuestros textos recurren con frecuencia a una u otra de estas variantes para dar cuenta de la tierra incógnita. El primer término (X) pertenece al mundo desconocido; el segundo (Y) remite al mundo conocido en su doble estatuto de universo familiar común a receptores y relatores, o en tanto en cuanto se relaciona con un saber adquirido a través del propio relato de viajes. Porque, dado que uno de los objetivos principales de los relatores consiste en transmitir información sobre las tierras recorridas, a medida que avanza el texto, se amplían los conocimientos del público receptor. La nueva información se transforma continuamente en saber adquirido y el relator se basa en este saber para la construcción ulterior de su discurso. Por esa razón, se puede describir el mundo nuevo comparándolo no solamente con realidades del mundo familiar, sino partiendo de una información facilitada anteriormente dentro del propio texto y que ya se considera, por ello, como un saber compartido con el público receptor. Estas remisiones intratextuales nos descubren una arquitectura interna en nuestros relatos que muestra que éstos, lejos de consistir en un conglomerado de descripciones yuxtapuestas, se articulan en un conjunto que nutre a «todos los hombres [que] naturalmente dessean saber todas las cosas del mundo» (DP: 1).

#### 8.4.1.1. Equivalencia

Mediante este procedimiento se acercan dos realidades –la del universo que se quiere contar y la del universo común a relatores y receptores–, presentándolas como semejantes. La diversidad de estructuras para expresar la equivalencia está en consonancia con la alta

---

<sup>197</sup> Que Gomez-Géraud (2000a: 87) califica de cuantitativa.

frecuencia de uso de un recurso que borra la huella de la distancia y de lo extraño. Los ejemplos siguientes muestran las construcciones más corrientes en nuestros textos:

1. X + (verbo) + *como* Y:

[En Gaeta] están unas torres e casas como alcázar. (ET: 87); [en Ays está] el palrramento (*sic*) de Prohencia, que es como la chancillería de acá (VJ: 187); Está allí [Plymouth] una puente que pasa de la villa sobre barcas, como la puente de Sevilla, en que puede aver fasta siete o ocho barcas (VIC: 374)

2. X + (verbo) + *así como* Y:

Costantinopla está así como Sevilla, e la ciudat de Pera, así como Triana; (ET: 144)

3. X + (verbo) *a / al modo de* Y:

é tierra muy abastada á modo del Andaluçia (AV: 45); la çibdat [Pera] de buenos sobrados altos al modo de Génova (AV: 186)

4. X + (verbo) + *a la manera de*:

é es çibdat [Ancona] bien murada é fuerte, é las casas de dentro todas entorreadas, altas á la manera de Génova; (AV: 192); [Nuremberg] é es á la manera de Toledo poblada, (AV: 269); Otro dia fuemos á ver los graneros de Ioseph [las pirámides en El Cairo], [...] los quales son fechos á manera de un diamante con aquella punta arriba tan aguda; (AV: 86)

5. X + (verbo) + *fechura de* Y:

Ésta [la cocatriz = el cocodrilo] es en todo fechura de lagarto; (AV: 75); [la belva marina] Avía el cuerpo fechura de pescado, (VIC: 458-459)

6. X + (verbo) + *a fazió de* Y:

[el pexerey] es cubierto de unas escamas muy fuertes, todas fechas a fazió de arnés de honbre darmas: (VIC: 457)

Entre las comparaciones que expresan equivalencia, son frecuentes las estructuras comparativas de igualdad con un adjetivo: «X + (*es*) + *tan* + adjetivo + *como* Y». En nuestros textos los adjetivos que se encuentran en este tipo de construcciones suelen referirse a las dimensiones (altura o tamaño):

1. X + (verbo) + *tan* + adjetivo + *como* Y:

Al un canto desa plaça [Plaza de San Marcos en Venecia] está una torre tan alta como la de Sevilla (AV: 206); esta posada [del Sultán en El Cairo] será tan grande como Villareal. (AV: 80); é llegamos á Buda, que es una çibdat tan grande como Valladolid, (AV: 284)

En algunas ocasiones con la comparación de igualdad se puede precisar la relación que guardan X e Y en términos cuantitativos:

[Cabalet] podría ser tan grande como veinte vezes Turriz. (ET: 316)

2. X + (verbo) + adjetivo + *tanto como* Y:

Esta çibdat [Viena] está sobre la ribera del Dinuvio, é es muy grande tanto como Córdoba, (AV: 282)

La equivalencia puede también expresarse mediante estructuras que incluyen un sustantivo que indica dimensión:

1. X + (verbo *ser*) + *tamaño-a* + *como* Y:

la çibdat de Damiata, que es legua é media, que será tamaño como Salamanca, (AV: 72); E fui á la çibdat de Padua, que es una grant çibdat tamaña como Sevilla (AV: 287)

2. X + (verbo *ser*) + *de grandeza* + (tanto) + *como* Y:

É esta çibdat [Ferrara] es de las gentiles que yo he visto por el mundo, é es de grandeça como Valladolid, (AV: 223)

é estovimos en esta çibdat [Palermo] seys dias, la qual es de grandeça tanto como Sevilla, (AV: 300)

Y el *Libro del infante don Pedro* expresa así la similitud en las dimensiones entre la mezquita mayor de la Meca y la Iglesia de San Pedro en Roma:

E demandamos licencia para yr a ver la casa de Meca. Esta casa & la yglesia de sant juan de letran de roma son comparadas avn tamaño: (DP: 36)

## 8.4.1.2. Comparación de superioridad o de inferioridad

Guéret-Laferté (1994: 236) observa que las relaciones de viajes al Imperio Mongol de los siglos XIII-XIV presentan casi siempre el mundo ajeno como el que posee lo más abundante o lo mejor. Este rasgo caracteriza de igual modo nuestros textos, marcados por el elogio del universo recorrido. La recurrencia del comparativo de superioridad («X + (verbo) + *más que* + Y») sobrepasa con creces al comparativo de inferioridad, prácticamente ausente en los relatos. Las ciudades de la tierra incógnita o sus construcciones, por ejemplo, suelen ser mayores que las que se escogen como término de comparación en el mundo conocido:

Dize que la Meca es un grant pueblo tamaño é mayor que Sevilla, (AV: 108); Esta çibdat [Breslavia (Wroclaw)] es muy grande, mayor que Sevilla (AV: 278); E enfrente desta puerta esta una grant plaça [la plaza de San Marco en Venecia], mayor que la de Medina del Campo, (AV: 206); será el altura [de las pirámides de El Cairo] mucho más que la torre mayor de Sevilla; (AV: 86)

Del mismo modo, el mercado de Venecia supera a un importante mercado castellano: «é allí cada jueves se faze mercado, sé que mejor quel de la Torre del Campo, aldea de Jahen» (AV: 206). Y el Marqués de Tarifa elogia la catedral de Milán que «de fuera es muy hermosa, más que la de Seuilla, de muchos remates e ymágenes de bulto» (VJ: 192).

Sin embargo, con el avance del texto, la información que se ha proporcionado sobre los lugares ya descritos sirve de referencia para establecer comparaciones. Y es en esos contextos donde vemos aparecer con más frecuencia los escasos comparativos de inferioridad, sobre todo en el texto del marqués:

Ueneçia es vna çiudad poco menos que Milán en poblaçón. (VJ: 203); [Saint-Esprit] [t]iene vna puente, que tiene de largo vn arco o dos menos que la de Aviñón; (VJ: 343-344); [en Génova] Tienen todos los más muchas cassas que llan (*sic*) villas, mejores que no las de Florencia y con gasto, lo que las de Florencia no tienen sino utilidad. (VJ: 336); pero á mi paresçer, é aun lo que todos dizen, es que muy mucho mayor mercadería se faze en Brujas que non en Veneja; (AV: 251)



## 8.4.1.3. Aproximación

Este tipo de comparación permite relacionar dos realidades no según el modo de la equivalencia sino en función de un parecido o una semejanza («X + *parece* (a) + Y»). Se trata en estos casos de apreciaciones cualitativas y no cuantitativas:

1. X + *parecer* (a) + Y:

é de allí me mostraron el monte de Líbano, que es todo él arboleda de çedros, que paresçen laureles; (AV: 65); E en esta tierra es el almázaca, de unos árboles que parescen lentiscos. (ET: 104); Passamos junto con la ysla del Calamo, que es la vna e la otra de Rodas, que es adonde nace la madera que llaman lináloe, mas la verdad es que más deue ser torbisco, porque le parece mucho, e llamánlo allá olivastro, (VJ: 308); é fuemos costeando por la Esclavonia por entre muchas yslas, dellas pobladas é dellas non, que paresçe al Alçapiélago, aunque en grandeça nin en pueblo non son tales, (AV: 193); Dixo que en la costa de Cornualla avía en algunos lugares unos árboles pequeños, que paresçen en la foja e en toda su fechura membrillos. (VIC: 457)

2. X como Y, X así como Y o uno-a como Y, estructuras en las que el *como* tiene el sentido de similitud y no de equivalencia:

é ay unas animalias como cabrones de que se fazen chamuçis; (AV: 232)

é de allí nasçe [el bálsamo], é es así como majuelo de dos años, (AV: 85)

E entre estos picos se faze una como silla, e allí dizen que se puso el arca. (ET: 193); é tienen ellos unos bueyes ya usados aquel camino, é va delante el buey quanto una sogá é dexa atrás, amarrado aquella sogá, uno como trillo de los de Castilla, (AV: 231); De la caveça se le sigue ayuso, do ha de tener la nariz, una como trompa, (ET: 294)

## 8.4.1.4. Oposición negativa

Hay ocasiones en las que la comparación se expresa mediante una estructura negativa («X *no* [verbo] *como* Y» con múltiples variantes formales); en estos casos se acentúa la distancia entre dos referentes y se hace hincapié en su diferencia, en lo que les distingue:

E esta ciudat dicha [Sultania] es bien poblada, pero no es tan grande como Turis, (ET: 205)

allí [en Venecia] la mar cresce é mengua, aunque non tanto como en Poniente, (AV: 211)

los navíos son como casas muy grandes, é non de la fazion de los otros, é ay diez o doze velas, é grandes çisternas de agua dentro, porque allí non son los vientos tan rigurosos, nin en la mar non an reçelo de yslas nin de rocas, (AV: 108)

La mar de Poniente non es así como la mar de Levante, que non á menguante, nin más creçiente, nin grandes corrientes [...] Otrosí, non son en ella [en la mar de Levante] los vientos tan afortunados, (VIC: 454)

Es arçobispado; tiene la Yglesia toda de mármol tosco, de dentro no es tal como la de Seuilla y es oscura, saluo la cabeça, (VJ: 192)

#### 8.4.1.5. Paralelismo

Se trata de comparaciones en las que el relator maneja cuatro términos de comparación de forma simétrica en estructuras del tipo: «A es a B como C es a D» (Guéret-Laferté 1994: 241):

é críanse allí [en Bulduc (Hertogenbosch)] tantos çisnes como en Castilla ánsares (AV: 244)

allí en Barut dizen que mató Sant Jorje al Drago, é fállalos en los campos debaxo de las piedras, como acá los alacranes, (AV: 65)

tantas comadrejas por las calles é por las casas [en Damiata], que ay mas que acá en las partes donde ay muchos ratones. (AV: 72)

é allí [Venecia] paresçe una corte real, é á las puertas del palaçio tantos barcos é pajes bien ataviados como acá bestias; (AV: 208)

é cada uno, como al modo de Castilla tiene bestia en que cavalgue, así allí [en Venecia] tiene barco é paje que lo reme é gelo guarde, (AV: 204)

Esta tierra [Breslavia (Wroclaw)] es tanto fria en comparación con Alemaña baxa, como Alemaña sobre Castilla; (AV: 278)

### 8.4.2. Términos de la comparación

Como ya hemos señalado, en las comparaciones, sea cual sea su estructura, el segundo término de la comparación Y pertenece al mundo compartido entre emisor y receptor. A partir de Y –el referente común, el que el relator considera como el patrón o la norma– nos es posible recomponer ciertos rasgos del universo del relator. En el ámbito de la geografía suelen compararse:

#### 1. *Las ciudades y sus componentes*

En las comparaciones entre ciudades, llama la atención la elevada frecuencia con la que la Sevilla funciona como término de comparación en todos los textos del corpus, excepto en el *Libro del infante don Pedro*. En *las Andanças e Viajes* se dice que La Meca (AV: 108), Cafa (AV: 161) y Breslavia (Wroclaw) (AV: 278) son mayores que Sevilla –precisa Pero Tafur que la población de Cafa dobla la de la ciudad andaluza–, mientras que Padua (AV: 287) y Palermo (AV: 300) se equiparan a Sevilla en tamaño. También la Samarcanda intramuros supera ligeramente el tamaño de la antigua Hispalis, según los embajadores (ET: 310), y éstos aluden a la situación de Sevilla y Triana para explicar la particular disposición de las ciudades de Constantinopla y Pera (ET: 144).

Las construcciones hispalenses son, asimismo, referente constante para los viajeros. Así, el puente de Plymouth se compara con el de Sevilla (VIC: 374); las pirámides de El Cairo (AV: 86) y la torre de la Plaza de San Marcos en Venecia (AV: 206) con la Giralda; la catedral de Milán con la catedral de Sevilla (VJ: 192). Y el Marqués de Tarifa compara el caudal del Po con el del Guadalquivir (VJ: 200).

La presencia de Sevilla en los textos se explica porque la urbe –con más de 40.000 habitantes en la segunda mitad de la centuria (Ladero Quesada 1996: 14 y 16)– es la más populosa del reino de Castilla durante el siglo XV y constituye un centro importante en la red comercial del Mediterráneo. Se trata, además, de la ciudad donde Pero Tafur pasa gran parte de su vida antes de su viaje (Vives 1982: 8) y donde el Marqués de Tarifa reside y desempeña cargos políticos importantes. Muchos de los puntos de referencia de ambos relatores se sitúan, forzosamente, en esta ciudad.

Asimismo, la Córdoba en la que Pero Tafur se instala después de su periplo (Vives 1982: 7) será un referente en las *Andanças e Viajes* cuando el viajero equipare su tamaño con el de Viena (AV: 282); el viajero comparará también las tierras de Modon (actual Methone) con la fértil Andalucía (AV: 45)<sup>198</sup>.

Pese a la predominancia de Sevilla, también otras ciudades castellanas aparecen como términos de comparación: así Pero Tafur iguala Damiaata con Salamanca (ciudad de más de 10.000 habitantes a mediados del XV) en tamaño (AV: 72); Toledo (más de 20.000 habitantes) con Nuremberg (AV: 269); y Ferrara (AV: 223) y Buda (AV: 284) con Valladolid (superaba los 30.000 habitantes en la misma época)<sup>199</sup>. La analogía que se establece entre la población de ciertas ciudades castellanas importantes –y claramente diferenciadas en cuanto al número de habitantes, como se puede observar– y la de las ciudades visitadas permite a Pero Tafur abstenerse de datos numéricos, dando mayor inmediatez a su relato y generando entre los receptores de su texto una fácil aprehensión de la información transmitida.

No sólo la población de las ciudades será motivo de interés: la plaza de San Marco es mayor que la de Medina del Campo (AV: 206); el mercado que se celebra en Venecia todos los jueves es mejor que el de la Torre del Campo, una aldea de Jaén (AV: 206); y la residencia del sultán de El Cairo –situada fuera de la ciudad– es de tales dimensiones que Pero Tafur la equipara al tamaño de Villareal<sup>200</sup> (AV: 80).

---

<sup>198</sup> También los Cronistas de Indias recurrirán a comparaciones con ciudades peninsulares cuando describan las urbes americanas: la feria de Medina del Campo, por ejemplo, aparece en la descripción del mercado de Tenochtitlan en Bernal Díaz del Castillo (1982: 189-191) (Eberenz 1992: 36). Y Hernán Cortés, en sus *Cartas de Relación* (1985: 132), dirá de Tenochtitlán que «es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba» y aludirá asimismo a una plaza de la ciudad diciendo que es «tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca».

<sup>199</sup> Los datos sobre la población de las ciudades castellanas proceden de Ladero Quesada (1996: 14 y 16).

<sup>200</sup> En su edición de las *Andanças*, Jiménez de la Espada se pregunta si se trata de Ciudad Real (AV: 319).

## 2. *La flora y la fauna*

Todos los relatores echarán mano de la comparación cuando se trate de describir la flora y la fauna de las tierras recorridas. Los árboles o vegetales del universo de partida –laureles, lentisco, membrillo o torvisco– se acercarán a los del mundo desconocido: cedros, almáciga, árboles pequeños no nombrados o lináloe, respectivamente. Clavijo, Pero Tafur y Díaz de Games se servirán ampliamente del recurso en las descripciones de la fauna. El detalle con el que se desea pintar los nuevos animales hace que las partes de su cuerpo se equiparen no sólo a las de otros animales sino que se recurra a las más variopintas relaciones. Otras comparaciones cuantitativas nos llegan también de la pluma de Tafur: las «comadreas» de Damiata o los cisnes en Bulduc (Hertogenbosch) son tan abundantes como los ratones en las ciudades castellanas (AV: 72) o como los gansos en Castilla (AV: 244).

## 3. *Las instituciones y la organización socio-política*

Asimismo, las instituciones y cargos políticos o eclesiásticos se relacionan a menudo con los de tierras peninsulares:

El viernes venimos a Ays, que es obispado, adonde está el palrramento (*sic*) de Prohençia, que es como la chancillería de acá. (VJ: 187)

[la Meca] non es subdito á ningunt señor, salvo al mayor de su ley, que ellos tienen como papa, é al Soldan como emperador (AV: 108)

En este último ejemplo, la organización social y religiosa de la sociedad islámica es comparada por Tafur con las jerarquías eclesiásticas y políticas de la cristiandad medieval.

Sin embargo, también puede suceder que se parangonen animales, plantas, ciudades u otras realidades con objetos o seres que no pertenecen a la misma categoría. Recordemos, por ejemplo, que en la descripción del elefante Tafur recurre en varias ocasiones a la comparación de distintas partes del cuerpo del animal con objetos de la vida cotidiana (sus ojos con cornados; sus patas con columnas; su oreja con una adarga, y su cabeza con una tinaja de seis arrobas).

Aparte de las comparaciones cuyo referente pertenece al mundo común y familiar a relator y público receptor, los textos aludirán a

veces a otros lugares ya descritos y que, como tales, han pasado a formar parte del universo de conocimientos de los receptores. Se establecerá de este modo una jerarquía entre los espacios recorridos en lo relativo a dimensiones, aspecto, comercio, población, etc. Una larga comparación ilustra de modo paradigmático esta modalidad: la de la ciudad de Venecia con la de Brujas (AV: 251). No obstante, otras referencias más breves salpican el discurso continuamente. Así, en la *Embajada* se compararán el tamaño y la actividad mercantil de Soltania y de Tabriz:

E esta ciudat dicha [Soltania] es bien poblada, pero no es tan grande como Turis, mas es mayor escala de mercadurías, (ET: 205)

Las altas casas de Génova aparecerán como referentes cuando en el camino otras ciudades presenten la misma arquitectura:

la çibdat [Pera] de buenos sobrados altos al modo de Génova; (AV: 186); é es çibdat [Ancona] bien murada é fuerte, é las casas de dentro todas entorreadas, altas á la manera de Génova; dicen que el que fizo á Génova, fizo á Ancona; (AV: 192)

El Marqués de Tarifa contrapondrá Milán con la menos poblada Venecia (VJ: 203); las casas de campo de Florencia con las de Génova (VJ: 336); el puente de Aviñón con el de Saint-Esprit (VJ: 343-344) y la iglesia de Beziers con la de Narbona (VJ: 177).

Y también las numerosas islas de la costa adriática llevarán a Pero Tafur a acercarlas a las del Egeo:

é fuemos costeando por la Esclavonia por entre muchas yslas, dellas pobladas é dellas non, que paresçe al Alçapiélago, aunque en grandeça nin en pueblo non son tales, (AV: 193)

### 8.4.3. Superlativos relativos

Otra modalidad de la comparación es la que se expresa mediante el superlativo relativo: tomando una realidad cualquiera (A), esta construcción permite subrayar la superioridad absoluta de dicha realidad en relación con todas las demás de su misma especie o del mismo lugar (B):

1. A + (verbo) + artículo + *más* + adjetivo + *de* B
2. A + (verbo) + artículo + *más* + adjetivo + *que* + (verbo) + *en* B

Por supuesto, continuaremos observando en nuestros textos la retórica del elogio: siempre que se utiliza un superlativo relativo es para destacar una cualidad de la realidad ajena que se considera positiva: tamaño, riqueza, belleza, abundancia, comercio, etc. Pero, además, estas estructuras son piezas importantes dentro del discurso geográfico pues contribuyen a construir en la mente de los receptores una imagen global ya sea de la totalidad del mundo conocido, ya sea de determinadas zonas de éste. Efectivamente, ciertas comparaciones se establecen entre elementos geográficos situados en la misma zona desde el punto de vista geopolítico. De Bursa se dice, por ejemplo, que es la ciudad «mayor é mejor é más rica de toda la Turquía» (AV: 185); de Colonia que es «la mayor çibdat é la más rica é la más hermosa que ay en toda Alemaña» (AV: 240); de Casinem (Kazbin) que «esta ciudat fue la mayor que en esta partida estava, afuera de Turiz e Samaricante» (ET: 330); y del Sena dice Díaz de Games que «non ay mayor río en França que aquél, afuera del Ras» (VIC: 388).

También el conjunto de tierras cristianas es considerado como un todo dentro del cual los relatores establecen jerarquías:

[Venecia] Es la más hermosa poblaçón que ay en la christiandad, porque si no se vee no se puede juzgar. (VJ: 207); [Florencia] es una de las más hermosas de la xpiandad, (AV: 292); Ésta [Gante] es una de las grandes çibdades del mundo en la xpiandad (AV: 257); é de aquí otro día entré en Milán, grandíssimo pueblo, uno de los mayores logares de la xpiandad, é aún es opinión de muchos que es el mayor, (AV: 227)

A veces, los viajeros afirman categóricamente la superioridad de un lugar en relación con el resto del mundo:

Esta çibdat de Brujas es una grant çibdat muy rica é de la mayor mercadería que ay en el mundo, (AV: 251); Aquí está una ataraçana, la mejor que ay en el mundo nin de más artellería é cosas nesçesarias al mareaje; (AV: 214); é otro dia fezimos vela, é tierra á tierra nos fuemos por la ribera de Génova, que son quarenta millas fasta la çibdat, la más hermosa cosa del mundo de ver; (AV: 11); é entramos por el puerto de Constanti-

nopla, é dexámosla, é fuemos á surgir á la paliçada de Pera, que es una de las mejores cosas del mundo; (AV: 138); E si [Cabalet] tan grande era como veinte veces Turrís, es la mayor ciudat del mundo, (ET: 316)

Aunque, en otras ocasiones, modalizan su opinión mediante un «creo»:

E en verano van a do están las aguas e siembran sus panes a algodones e melones, que an los más e mayores que *creo* que en el mundo son. (ET: 233); ciertamente non *creo* yo aver en el mundo oy tan grande edifiçio [las pirámides en El Cairo], nin yo non lo vi. (AV: 87); Aquí se despiende, *creo*, más pelletería é más espeçería que en la mitad del mundo. (AV: 279)

O mediante un «dizen»:

É allí çerca está el Coliseo, que fué, segunt *dizen*, el mayor é el mejor é más rico edifiçio que en el mundo fué fecho, (AV: 30); e del Catay, [vienen] paños de seda, que son los mejores que en aquella partida se fazen, señaladamente los zeitunís, que *dizen* que son los mejores del mundo e son los mejores, los que son sin labores; (ET: 313)

Los superlativos también pueden matizarse cuando el relator puntualiza que se trata de una experiencia personal:

Aquí en esta çibdat [Parma] ay las mayores zereças *que nunca vi*. (AV: 227); é allí está el espital donde ellos ovieron el nombre, que es una de las mejores cosas piadosas *que yo vi* en el mundo todo, (AV: 48)

Así, de la cisterna subterránea de Constantinopla dirá Pero Tafur que «non la vi mejor en el mundo, nin áun creo que la ay» (AV: 172).

#### 8.4.4. Oraciones consecutivas

Las construcciones consecutivas, abundantes en nuestros relatos, constituyen procedimientos de intensificación que imprimen un marcado carácter hiperbólico al discurso. Estas construcciones permiten introducir imágenes con una fuerte carga personal, emotiva –luego subjetiva– y también estilística. La escasez de adjetivos que hemos observado o su falta de contenido informativo –en todo caso para un



lector actual— quedan compensados por las imágenes que se abren en las consecutivas que, si no permiten en todos los casos «visualizar» mejor la descripción, sí permiten, en cambio, «sentirla» mejor. Las construcciones consecutivas del corpus presentan generalmente las siguientes estructuras (con sus ligeras variantes):

1. *tan* + adjetivo + *que*;
2. *tanto-a-os-as* + sustantivo + *que*;
3. verbo + *tanto* + *que*.

Los correspondientes núcleos de adjetivo, sustantivo o verbo quedan intensificados mediante la estructura y equivalen a:

1. adjetivo en superlativo (en *-ísimo* o *muy* + adjetivo);
2. *muchísimo* + sustantivo;
3. verbo + *muchísimo*.

Este tipo de estructuras aparece muy a menudo en las descripciones referentes al clima o al estado de la mar. La intensidad del calor, del frío o la fuerza de las tormentas y de los vientos llevan a los relatores a echar mano de evocadoras imágenes que se despliegan en la consecutiva. El viento es simplemente calificado de *caliente* en la *Embajada* pero la oración consecutiva es la que permite medir el rigor del fenómeno:

E este día fezo grand calentura e viento, e era *tan caliente que parescía que salía del infierno*. (ET: 219); E otro día, domingo, partieron de aquí, e fezo tal grand viento que a los omnes quería derrocar de las bestias; e era *tan caliente que parescía fuego*. (ET: 238-239); e fazía un viento rizio e *caliente, que parescía que ardíe*. (ET: 225)

Y, sin embargo, ninguna de las imágenes intensificadoras que expresan las consecutivas puede superar a la de «que era maravilla». Efectivamente, la maravilla se asimilará aquí al grado máximo de intensidad, ya sea en el calor:

e comoquier que fuese de noche, la calentura era *tan grande que era maravilla*; (ET: 225)

ya sea en el frío:

E *tan grande era el frío que era una grand maravilla*, que los omnes e las vestias no lo podían sufrir. [...] cuando alguna animalia o cosa suzia, que en ella [una fuente] caía, que ventava *tan rezio aquel viento que era maravilla*; (ET: 329)

Otras veces, por el contrario, la consecutiva se limitará a expresar el carácter insoportable de la situación:

É partimos del Cayro, é yendo por aquellas arenas muertas del Egypto con muy grande trabajo é grande peligro, la calor *tan grande, que dudaba onbre de poderlo sufrir*. (AV: 91)

E dixo Santa María que los llevase Josepe deyuso de aquella palma, a la sonbra della, que *tan grand calor fazia que non lo podían sufrir*. (VIC: 201)

Un fenómeno meteorológico extraordinario para los embajadores, la nieve, les llevará a recurrir a estas construcciones intensificadoras:

e en esta ciudat [Casinem] fallamos mucha niebe, que no podíamos andar por las calles. E omnes e bestias no fazían ál, sino sacar niebe; *e tanta caía que estava en peligro*; (ET: 330-331). E las niebes eran *tantas que el suelo e montañas todo era llano d'ella, e muy alta, así que no parescía tierra ninguna*. (ET: 331)

También la fuerza de la tormenta y el viento se expresará mediante imágenes contenidas en la consecutiva. El viento contrario o la violencia de la tormenta sólo se pueden calibrar a través de sus consecuencias:

E esta noche estovieron allí; e el viento fue contrario, e *tan rezio que alçaron las anclas e oviéranse esta noche de perder*. (ET: 162)

e como fueron a lo largo, entrando en la canal, fallaron el viento e la tormenta *tan fuerte, que ovieran de ser anegados*, e quebraron algunas antenas e guarniçiones. (VIC: 389)

En toda aquella noche ventó viento del sur, e al alba metióse *tan rezio [que] las galeas heran en grand priesa* [...]. Toda vía se metía el viento más fuerte, *tanto que por fuerça ovieron de dexar la tierra e bolver a la*

mar. [...] El viento hera *tan forçoso que heran las galeas a punto de correr a la ventura, que non fallaran tierra fasta en P(e)rusa o en Escoçia.* (VIC: 428)

*Tanta hera la tormenta, que enbestian las galeas por proa, que lançavan dentro en las galeas el arena del suelo de la mar a bueltas con el agua.* (VIC: 427)

E la tormenta creció *tanto que era espanto;* (ET: 152)

Sin embargo, el recurso se puede encontrar igualmente en otros campos del discurso geográfico. Puede utilizarse, particularmente para:

1. expresar las insospechadas medidas de una elevación del terreno: «de la otra parte una roca *tan alta, que paresçe que llega á las nuves, muy enfiesta*» (AV: 6);
2. señalar la celeridad de un animal fabuloso: «e si ella [la belva marina]: veýa que la gente hera tanta con quien no se atrevía, ývase a volapié a la mar, *tan ligera que non la podían alcançar a cavallo*» (VIC: 459);
3. indicar la fuerza de una corriente: «é sin dubda, tanto es el camino que faze, que desvanesçe onbre la cabeça quando lo mira» (AV: 232-233);
4. y describir el estado del mar: «es allí [en un ras de las costas de Bretaña] *tal la mar que faze allí toda remolinos*» (VIC: 360).

#### 8.4.5. Balance

La comparación permite al receptor integrar la información sobre la tierra ignota en una red de conocimientos que posee de antemano ya sea porque forman parte de su bagaje cultural, ya sea porque los ha adquirido en la propia audición o lectura del relato de viajes. El receptor debe activar todos los conocimientos de los que dispone para situar la nueva información y establecer relaciones con sus conocimientos previos. Si hemos observado a menudo que el discurso de nuestros viajeros tiende a atomizar la información –porque la va destilando a lo largo del recorrido–, la comparación funciona como elemento integrador pues establece continuamente puentes entre lo nuevo y lo conocido. Se trata de un recurso discursivo fundamental, que facilita la percepción del mundo como un todo.

El análisis de las estructuras comparativas en el corpus nos lleva también a reconsiderar la originalidad del discurso de las Crónicas de Indias. Se han estudiado las técnicas de comparación utilizadas por los cronistas para transmitir las nuevas realidades a los destinatarios de los textos, resaltando siempre la originalidad y novedad de las mismas y, como ya ha apuntado Martínez Crespo (1989: 424), «[m]uchos críticos han coincidido en señalar las dificultades con las que topaban los primeros escritores del descubrimiento al carecer de modelos que sirvieran para describir la nueva y desbordante realidad». Sin embargo, un acercamiento atento a las estructuras comparativas utilizadas por nuestros redactores muestra sin gran dificultad que los cronistas de Indias no «crearon» nuevas modalidades discursivas para explicar el Nuevo Mundo sino que recurrieron a unos mecanismos que ya habían sido utilizados, y con profusión, por los viajeros castellanos medievales del siglo XV, lo que justifica plenamente las palabras de Martínez Crespo (1989: 425):

al menos en los primeros escritos del descubrimiento, no existe una ruptura radical con el mundo medieval. No es cierto que pueda decirse que hay un «vacío» de modelos, sino que hay ya una tradición que continúan los escritores tempranos de Indias, lo cual se verifica no sólo en la manera y forma de captar la realidad, sino también, [...] en la visión del mundo subyacente en todos ellos.

## 8.5. EXPRESAR LA ADMIRACIÓN

El mundo extraño, con sus novedades y diferencias, despierta una profunda admiración en los viajeros-relatores y así lo refleja su discurso sobre todo por la alta proporción de adjetivos de valor positivo frente a los de valor negativo, el reiterado recurso a la hipérbole y el empleo de estructuras consecutivas con valor intensificador. A veces, sin embargo, todos los medios lingüísticos parecen insuficientes para describir la tierra incógnita; los relatores construyen entonces un metadiscurso en el que dan fe de su impotencia ante la dificultad de la tarea y echan mano de fórmulas en las que expresan la estrechez del marco discursivo para reflejar el mundo nuevo, la infabilidad de lo visto o, incluso, su convicción de que el auditorio será incapaz de

creer lo que podrían contar. El silencio en el que entran –porque lo que quieren transmitir es cuantitativa y cualitativamente excesivo, indescriptible o increíble– les permite cerrar una secuencia descriptiva o, pura y simplemente, les exime de la descripción. En la mente del receptor se abre un espacio cuajado de sugerencias y evocaciones más rico y poderoso, de hecho, que todas las palabras del mundo. A este conjunto de recursos, suman los relatores el uso del término *maravilla* y sus derivados para calificar todo cuanto les asombra en el universo nuevo. En definitiva, no se trata más que de modalidades del encomio que contribuyen a la aprehensión de este universo, expresando, por un lado, la admiración y sugiriendo, por otro, la alteridad.

### 8.5.1. Expresar lo inefable

El reconocimiento de lo excesivo desde el punto de vista cuantitativo lleva al relator a confesar que lo que quiere transmitir no puede contenerse en la página escrita o no tiene cabida en el discurso. Fórmulas del tipo «que sería largo de escrever» o «que sería largo de dezir» constituyen uno de los procedimientos que le permiten poner punto final a su descripción, sin tener que proporcionar información complementaria. Durante su estancia en El Cairo, por ejemplo, Pero Tafur cuenta que el trujamán del Sultán le «mostró muchas cosas tales é tantas que sería largo de escrever» (AV: 79). El receptor tiene vía libre para rellenar el hueco informativo con lo que le parezca más conveniente a distintos niveles ya que «tales» remite a la naturaleza y calidad de lo visto mientras que «tantas» remite a la cantidad.

Otras veces, la fórmula trunca una enumeración:

É otras cosas muchas, é santuarios, é indulgençias plenarias, é maravillosos edificios, *que sería largo de dezir*, en esta çibdat están; (AV: 34)

O, simplemente, los detalles con los que el relator debería completar su descripción pueden quedarse en el tintero por su presunta abundancia:

E allí les mostraron tantas cámaras e apartamientos *que sería luengo de contar*, (ET: 248)

E estas dichas obras e otras muchas fueron vistas en esta iglesia, *que no se podrían contar ni escribir tan en breve*, ca tan grande es el edificio e obras maravillosas que en esta iglesia ha, que oviera para un tiempo quanto un omne pudiese mirar de cada día e ver cosas nuevas. (ET: 132-133)

Bien avríe que dezir desta çibdat [Gante], *sinon por non alargar é enojar con escriptura*. (AV: 258)

También puede suceder que el relator desvele una parcela de la información y oculte otra:

E dentro en este monesterio ay muchas huertas e viñas e *otras cosas asaz que no podría escribir en breve*. (ET: 120)

e vi todas las cosas que aquí son escritas, *e otras que serían luengas de contar*, de cavallerías, e valentías, e fuerças. (VIC: 208)

Después de su descripción de Rodas y de la organización de la orden de los Hospitalarios, Tafur –que está dispuesto a «contar» el mundo pero no está interesado en entrar en todos los detalles– plasma en su discurso la dificultad de conciliar abundancia de datos y necesidad de proseguir el relato:

Muchas cosas se podrían dezir desta noble cavallería, mas dexarse a agora, por hablar en otras cosas. (AV: 50)

Si el exceso que impide la escritura es más bien cualitativo que cuantitativo –no se trata ya de falta de espacio o de tiempo sino de inadecuación de la lengua para dar cuenta del mundo recorrido–, la fórmula que aparece es, entonces, del tipo «que se no podía escrevir». Al enfrentarse a realidades de belleza desmesurada, los embajadores confiesan:

E mucho más de fermosura avía este pavellón, *que se no podía escrevir*. (ET: 275)

Incluso algunas veces, se advierte que sólo la propia visión del objeto podría dar cuenta del verdadero valor del referente, como cuando los

embajadores admiran la riqueza y perfección de las tiendas en el campamento de Tamorlán:

[...] e avía tanta obra e tan rica e tan bien fecha, que se no podría contar en escripto, *salvo sino se viesse con los ojos*. (ET: 301)

En las *Andanças e Viajes*, estas fórmulas pueden aparecer a veces en primera persona y se adivina entonces que el relator confiesa veladamente sus limitaciones individuales frente a la labor de escritura, lo que no hace más que enaltecer al referente. Tafur alaba así la feria de Amberes:

é ¿qué podría ser demandado que aquí non se fallase abondosamente? É *non sé como podiese escrevir* un fecho tan grande como éste desta feria desta çibdat; é bien que yo e visto otras, ansi como la de Geneva, que es en el ducado de Saboya, é la de Francafordia, que es en Alemaña, o la de Medina, que es en Castilla, mas á mí paresçe que todas éstas non son tanto como aquella una. (AV: 260)

En la elogiosa descripción de Roma, a la afirmación de sus limitaciones como transmisor, suma Pero Tafur las que pudiera tener como observador, por lo que reclama la benevolencia de los destinatarios de su texto:

En Roma estuve toda la quaresma visitando los santuarios é obras, é edificios antiguos, á nuestro paresçer maravillosamente fechos, *los quales yo dubdo non solamente poderlos escrevir, mas áun aver mirado entiendo como se devía*; é si yo, segunt la magnificençia é grandeza de la cosa, en algo menguare, sea perdonado, porque yo non soy bastante á tan grant fecho, aunque aterrado é destruido é derribado é aflacado; (AV: 21-22)

También con un objetivo encomiástico utiliza Tafur la fórmula «que da vergüenza decirlo» en su pintura de las pobladas y riquísimas orillas del Rin:

É esta es sin dubda la mas fermosa cosa de ver del mundo, la ribera del Rin; de un cabo é de otro tantas villas gruessas, é tantas cosas notables, é tantos castillos é tan espesos, *que a onbre vergüença de lo dezir*, tan çer-

ca unos de otros é tan obrados con aquellos cruxíos altos é aquellas grímpolas con aquellas mançanas doradas. (AV: 239)

Si los aspectos extraordinarios –tanto cuantitativos como cualitativos– del mundo recorrido constituyen dos impedimentos mayores para describirlo adecuadamente, los relatores saben que van a tropezar con un problema suplementario: la legítima incredulidad de su público frente a lo que cuenten. No olvidemos que Mercurio era a la vez el dios de los viajeros y de los mentirosos, y que la fama de embusteros de los viajeros –aunque sólo sea por su inveterada tendencia a la hipérbole– explica el refrán que reza «Quien a tierras lejanas va, si antes no mentía, mentirá».

Con fórmulas del tipo «que no se puede creer», los relatores callarán determinados datos, normalmente cuantitativos. El Marqués de Tarifa echa mano del recurso cuando cuenta que en el Palacio de los Papas de Aviñón «de sólo hirro (*sic*) de rexas y de trauazón de las piedras ay tanta cantidad que no se puede creer» (VJ: 181). Anticipando sospechas por parte de los receptores sobre posibles exageraciones del viajero, Pero Tafur se cura en salud:

É dende á quatro ó çinco dias la caravana llegó, la qual traya muy muchos camellos, *tantos que yo non lo escrivo porque non paresca hablar demasiado*; (AV: 94-95)

Incluso en una ocasión el cordobés advierte que guarda las cifras para sí por lo inconcebibles que pueden parecer, aunque aprovecha para insistir en el carácter intrínsecamente increíble de la tierra ignota. Se trata esta vez de la multitud que circula por las calles de El Cairo:

é si yo non fablare en el número de la gente, así á cavallo como á pié, *déxolo por no dezir cosa que sea dura de creer, aunque çiertamente toda cosa en esta parte se puede dezir é creer*. (AV: 80)

Tan insólito es el número de caballeros del séquito del Gran Turco que Pero Tafur advierte que son otros –probablemente gentes de aquellas tierras– los que le proporcionaron la información:



é estava tan bien acompañado [el Gran Turco] qual yo nunca vi otro, porque allí tenía consigo todo su exército, *el qual aunque paresca que yo digo mucho, refiérome á aquellos que me lo dixeron*, que tenía seys-cientos mil de á cavallo; (AV: 153)

Y puntualiza que:

é á buena fé, *yo me temo mucho de dezir tanto como me dixeron*, pero non ay peon en toda la tierra, é todos andan á cavallo, é muy menudos é flacos cavallos. (AV: 153)

Vemos que, aunque tenga en cuenta la natural incredulidad de sus receptores, en calidad de testigo presencial, el cordobés se otorga la autoridad de ratificar los datos ofrecidos.

### 8.5.2. Expresar la maravilla

Lo que los viajeros cuentan es en muchos casos extraordinario y por ello «el relato se orient[a] muchas veces a la expresión de la *maravilla*, palabra cuyo uso es muy general en la literatura de viajes medievales, de tal manera que en ocasiones asciende hasta el título de las obras» (López Estrada: 2003: 16). Baste con recordar los dos relatos más populares de la Edad Media, el *Libro de las maravillas del mundo* de Mandevilla y el *Libro de las cosas maravillosas* o *Millón* de Marco Polo. En ambos textos, el término se aplica principalmente a un mundo extraño, repleto de los prodigios que habían pervivido desde la Antigüedad sobre todo a través de las *imagines mundi*: humanidad deforme y flora y fauna fabulosas.

Sin embargo, en el corpus nos encontramos frente a nuevos usos del término *maravilla* y sus derivados, que resultan de una manera novedosa tanto de observar como de contar el mundo. No se trata solamente de aplicarlo a aquellos prodigios que formaban el grueso de las *Imagine Mundi* y de algunos de los libros de viajes que los habían perpetuado. Si en nuestros relatos quedan huellas más o menos importantes de aquellas maravillas, son ahora otras realidades las que van a recibir este calificativo. Los viajeros tienen como objetivo principal contar lo que ven y en muchos casos esto se les antoja tanto o más sorprendente que los prodigios de los mundos lejanos a los que las enciclopedias les habían preparado. Como ocurría ya en las rela-

ciones de viajes al imperio mongol estudiadas por Guéret-Laferté (1994: 223), la maravilla funcionará también en nuestros textos como una figura retórica de tipo hiperbólico que sugiere más de lo que dice y que se encuentra a menudo en oraciones consecutivas dando lugar a una locución estereotipada que evoca lo extremo y el límite de lo expresable. Nuestros viajeros-relatores califican de *maravilla* o de *maravilloso* todo aquello que les resulta insólito, sorprendente o radicalmente diferente del mundo de «acá». Y si nos acercamos a estas *maravillas* percibimos de inmediato el carácter polisémico del término –señalado ya por F. Dubost (*apud* Guéret-Laferté 1994: 215-216)– cuyo significado cubre «toute une gamme de sensations qui vont de l'admiration à l'horreur en passant par l'attrait et le dégoût» (Guéret-Laferté 1994: 219) y se aplica, pues, a realidades y situaciones muy diversas. En la *Embajada*, por ejemplo, –texto en el que aparece con más frecuencia el término<sup>201</sup>– los relatores pueden calificar de *maravilla* la cantidad de caballos muertos de agotamiento que yacen a orillas de las rutas del imperio tártaro (los mensajeros de Tamorlán debían cavalgar día y noche para asegurar el eficaz sistema de postas del emperador aun a riesgo de abandonar a los caballos que no podían proseguir el camino) (ET: 224); la reconstrucción a marchas forzadas de la mezquita dedicada a la madre de Cano en Samarcanda (ET: 307); los azotes que reciben los aldeanos de las estepas asiáticas si no pueden agasajar inmediatamente a los embajadores a su llegada a las poblaciones (ET: 174 y 230); un frío extremo (ET: 329) o la contemplación de un hermoso paisaje (ET: 88).

Le Goff (1985: 17-39), Kappler (1980: 115-183) y Acosta (1992: 269-274) han propuesto interesantes clasificaciones de las maravillas medievales. Éste último, en el epílogo a su exhaustivo estudio sobre viajeros y maravillas, señala cuatro facetas de lo maravilloso medieval:

1. lo maravilloso religioso o maravilloso cristiano;
2. lo maravilloso centrado en lo material;
3. lo maravilloso antropológico
4. y lo maravilloso folklórico o mitológico.

---

<sup>201</sup> 36 ocurrencias de *maravilla* en la *Embajada* frente a 15 en las *Andanças e Viajes*.

En el ámbito de la geografía, nuestro corpus ofrece ejemplos de estas cuatro caras de la maravilla.

Por el universo cultural en el que se inscriben nuestros relatos, lo maravilloso religioso, lo maravilloso cristiano, o la «maravilla divina», como la llama López Estrada (1997: 47), ocupa un lugar importante<sup>202</sup>. Así, por ejemplo, en el Monte Sión «están muchos lugares donde Nuestro Señor fizo muchas maravillas» (AV: 53) y en Constantinopla, el pesado icono que un día a la semana puede ser transportado por un solo hombre «es cosa de grant maravilla» (AV: 175). En este contexto la maravilla supone una intervención divina y equivale o se acerca a la idea de milagro. En el ámbito de la geografía, aparece el término relacionado con situaciones adversas ligadas a tempestades, por ejemplo, que los viajeros sólo pueden superar gracias a una ayuda sobrenatural. Después de embarcarse en el Mar Negro y de que un violento temporal les obligue a abandonar la travesía, los embajadores regresan a Pera donde «cuantos los veían que los conoscían, les dezían que, segund la tormenta que fiziera e el lugar en que quebraron, que era maravilla en como escaparon» (ET: 156). Las naves de Pero Niño arrostran a menudo peligros en el mar como en el golfo de Exeter en el que «corría allí la corriente tan rezia que las llevaba toda vía al golfo. E plogo a Dios que la corriente que las metió en el golfo por la una parte, esa mesma corriente las sacó por la otra, que fue una grand maravilla» (VIC: 375). Y la atracción del canto de las sirenas en el estrecho de Mesina hace que «serie maravilla» poder sobrevivir a las tempestades propias de este lugar (AV: 298).

Pero es en la percepción de los aspectos materiales como *maravilla* –tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo– donde los relatores se muestran innovadores. Se tilda de *maravilla* todo

---

<sup>202</sup> Todos nuestros viajeros viajan a lugares santos o a ciudades de tradición cristiana donde escuchan leyendas locales cuyos protagonistas son ángeles, santos o personajes bíblicos, y oyen relatos de hechos milagrosos. Los viajeros incluyen en sus textos todos estos materiales, que presentan muy a menudo un carácter insólito y sorprendente. No olvidemos tampoco las reliquias que veneran a lo largo del camino y que dan ocasión para contar «maravillas» sobre ellas, como pueden ser su procedencia o los milagros que se les atribuyen.

cuanto se presente en cantidad desmesurada, con una abundancia fuera de lo común:

E lunes siguiente fueron dormir en el campo; e el camino d'este día fue entre unas sierras altas, sin montes, que decendían muchas aguas; *e avía muchas yervas a maravilla*, así en lo alto como en lo baxo. (ET: 188)

De maravilla se caracteriza con frecuencia la profusión de frutas en los campos que rodean Samarcanda, e incluso su consumo:

E en estas dichas huertas avía muchos melones e algodones; e los melones d'esta tierra son muchos e buenos, e por Navidat *ay tantos melones e ubas que es maravilla*; e de cada día vienen muchos gamellos cargados de melones, *e tantos que es maravilla cómo se gastan e comen*; (ET: 311)

O la propia riqueza agrícola y ganadera de las tierras timuridas:

E es tierra muy abastada de todas cosas [...] E d'estos carneros ay tantos e tan de mercado, que, estando el Señor con su hueste, valía el par d'ellos un ducado. Otrosí la cevada avía tan grand mercado que por un meri, que es como medio real, dan fanega e media de cevada. E de pan cozido, ay tan grand mercado que no puede ser más. E de arros, ay tanto que es infinito. *E tan gruesa e abastada es esta ciudat, que es maravilla*. (ET: 311-312)

En este párrafo descriptivo –enumeración graduada de todas las bondades de estas tierras– la maravilla funciona a modo de resumen y culminación de la descripción.

Ya hemos tenido ocasión de mencionar la sorpresa de los viajeros frente a la elevada densidad de población de las tierras orientales. *Maravilla* se aplica asimismo a estas ingentes masas humanas que pueblan campos y ciudades en el Asia central. Así, en Samarcanda, llama la atención de los embajadores la cantidad de hombres y mujeres extranjeros que viven ya no sólo en el perímetro urbano sino en sus alrededores: «E d'estas gentes avía tantas, que no podían caver en la ciudat ni en las plaças e calles e aldeas que de fuera d'ella avía; e so árboles e en cavas, avía tantos que era maravilla» (ET: 313). Y las

noticias que los embajadores recaban sobre el imperio chino corroboran la superpoblación de esas tierras lejanas:

E dezían más, que era costumbre del Señor del Catay que ningund omne no pudiese andar en cavallo, salvo el que oviese mil omnes suyos; e d'estos, que avía tantos, que era maravilla. E estas e otras maravillas contavan de aquella ciudat e de aquella tierra. (ET: 316)

Pero incluso la población y la riqueza de los Alpes llevan a Pero Tafur a afirmar de estas tierras que «son tan poblados los caminos é tan abastados, que es una maravilla» (AV: 286). Sin embargo, lo que sorprende aquí al castellano son, sobre todo, los abundantes asentamientos humanos en tierras montañosas.

Lo maravilloso antropológico también se encuentra representado en nuestros relatos, y es mencionado particularmente en *El Victorial*, texto que recoge algunos de los prodigios de Inglaterra porque «Angliaterra, quiere dezir en otra lengua 'tierra de maravillas'. Esto por muchas cosas maravillosas que en ella solía aver; e aún agora ay algunas dellas» (VIC: 455). De estas maravillas, recordaremos que Díaz de Games describe las «vacares» y el pejerrey.

Ciertos fenómenos naturales –que resultan incomprensibles para los viajeros– son también calificados de *maravilla*:

El moro que me levava me dixo una grant maravilla, que el rio Jordan entra por el piélagó é sale de la otra parte sin se mezclar (AV: 60)

En *El Victorial*, una súbita e inexplicable niebla, que los navegantes atribuyen a hechizos de los musulmanes, pone en gran peligro las embarcaciones al mando de Pero Niño. Aunque se trate de un fenómeno frecuente en las costas malagueñas –las turbonadas (VIC: 275-276, nota 162)–, el relator introduce la narración de los acontecimientos anunciando que «[c]onteçió allí una maravilla a los que tal non avían visto» (VIC: 275).

A todos los usos del término mencionados, hay que añadir que también se aplica a situaciones atmosféricas inhabituales para los viajeros, como condiciones de frío, calor o viento extremos:

*E tan grande era el frío que era una grand maravilla*, que los omnes e las vestias no lo podían sofrir. E desque en la ciudat fueron, demandaron de aquel viento, e dixieron que en una sierra que encima de la ciudat estava, avía una fuente, e que cuando alguna animalia o cosa suzia, que en ella caía, *que ventava tan rezio aquel viento que era maravilla*; e que no cesava fasta que limpiavan aquella fuente. (ET: 329)

E aunque quisieron folgar, no les dexavan: e comoquier que fuese de noche, *la calentura era tan grande que era maravilla*; (ET: 225)

Para concluir, observaremos que si el término *maravilla* caracteriza situaciones o hechos extraños al mundo del relator y de la sociedad receptora, también puede funcionar de modo simplemente hiperbólico, casi como equivalente a un superlativo. Con este valor aparece cuando se dice del río Biamo que «va muy rezio, a maravilla» (ET: 239); de la jirafa que «cuando quería enfestar el pescueço, alçávalo tanto e tan alto, que era maravilla» (ET: 197); de Constantinopla que es «muy notablemente murada á grant maravilla» (AV: 179) o de los habitantes de Brujas que son «gente muy industriosa á maravilla» (AV: 252).

## 9. Dar testimonio

Huelga insistir en la importancia de la experiencia vivida en nuestros textos: los viajeros se presentan desde el principio de sus relatos como actores de los hechos que narran y como testigos de las realidades que describen con el objeto de otorgar a su discurso el sello de la veracidad. Así lo hace incluso Gómez de Santisteban en el imaginario viaje del *Libro del infante don Pedro* –como ocurría ya en el anónimo *Libro del Conosçimiento* o con Mandevilla en su *Libro de las cosas maravillosas*– pues el relator aprovecha este recurso discursivo para que lo contado se tenga por verdadero. Tres son las pruebas principales que avalan la veracidad del discurso:

1. haber vivido lo que se cuenta;
2. haberlo visto;
3. haberlo oído.